
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
ERATOM
225
por el PROFESOR HASLEY



Tras un viaje espacial estimado en cuatro o cinco años, unos viajeros espaciales regresan a una Tierra postatómica que han cambiado mucho durante su ausencia: extensos territorios urbanos convertidos en selvas, supervivientes en refugios antiatómicos, infrahombres, mutantes con supercerebros…

Ir al ÍNDICE

ERATOM 225

Profesor Hasley
(Fernando Ferraz Fayos),
1960

Editorial: Valenciana
Colección: Luchadores del espacio

OCLC: 431513905


Profesor Hasley
(Fernando Ferranz Fayos)
ERATOM
225

CAPÍTULO PRIMERO

—Entramos en la zona del horizonte artificial —comunicó aquel hombre de cabellos rubios y mirada de niño.

Rod Barney, el piloto de la astronave, dirigió una fugaz mirada a su segundo y luego manipuló en los mandos del aparato durante breves instantes.

—El piloto de inercia, en marcha —comunicó Rod.

—Máquinas en orden —terció un gigante de tez cetrina y cabellos intensamente negros.

—Asegúrate de que los cohetes de retroceso van a funcionar, Turan.

El gigantesco individuo manipuló en los. mandos que tenía ante sí y un momento después pasó el informe al piloto.

—Todo en orden, Rod.

En el interior de la cabina había un cuarto hombre, de carnes enjutas y rostro cansado: A diferencia de los otros tres, éste había doblado la cima de los cincuenta años. Era el único que no parecía tener cometido alguno en el interior de aquella cabina, llena hasta los topes de complicados aparatos. En realidad, se trataba del médico de la expedición y su misión consistía en mantener en forma a los otros tres, de cuya pericia y condiciones físicas dependía la feliz realización del vuelo.

El coronel Dowers, que así se llamaba el galeno, permanecía inmóvil en su sitio, atento a las palabras de sus compañeros. Sus ojos se iluminaron con un breve relámpago de entusiasmo y sus labios murmuraron unas palabras que no pudieron llegar a oídos de sus compañeros.

Luego se hizo un pesado silencio. Cada uno de aquellos hombres

procuraba rehuir la mirada de los demás, como si se encontraran ante una situación inesperada y les fuera difícil mostrarse a la altura de las circunstancias.

Rod Barney, el piloto; Bendy Wrigth, el segundo, y el gigantesco armenio Turan Gromik, jefe de máquinas, concentraban su atención en los cuadros de mando que tenían ante sí, como si en ellos encontraran refugio a su situación. El único que mantenía una cierta actitud hacia sus compañeros era el doctor Dowers, el cual intentaba escrutar con ojos inteligentes hasta el más mínimo detalle de su comportamiento.

Rod Barney ahogó en sus labios una ligera imprecación.

—¿Qué te sucede? —preguntó Bendy.

—¡Esta condenada palanca está enmohecida y me he pillado un dedo!

—Está usted nervioso —insinuó con voz dulce el doctor.

—¡Es esta condenada…!

Rod se contuvo y dejó sin terminar la frase.

—Es necesario que recupere el control de sus nervios, Rod —insistió cariñosamente el doctor—. A los demás hago la misma advertencia. Como médico de la expedición sé cuan difícil es este momento. Sería una lástima que ahora lo echáramos todo a rodar.

Rod Barney apretó los labios e hizo una profunda aspiración.

—No es nada, doctor. Ya pasó. De cualquier modo ya quedó atrás lo peor. Ahora, el piloto de inercia nos llevará a buen fin.

—Yo le he pedido a Dios que lo haga —murmuró el doctor—, pero no está de más que nosotros contribuyamos a ello con todas nuestras fuerzas.

Después de aquellas palabras volvió a reinar el silencio en el interior de la cabina. Con ser breve la conversación, había sido, sin embargo, la más larga que sostuvieran durante mucho tiempo.

Aquellos hombres habían perdido la noción del transcurso de los días y su jovial forma de ser, puesta de manifiesto ante los periodistas el día en que iniciaron aquella expedición interplanetaria, había ido cediendo sitio a una adustez que pesaba monótonamente en el interior del *“Blue Byrd”*, nombre con el que habían bautizado a la nave—cohete.

Durante varios años —ninguno de ellos sabía a ciencia cierta cuantos— habían vivido en el recinto de la astronave, sin otro paisaje ante sus ojos que el inmenso cielo negro donde brillaban con luz intensísima las estrellas.

En todo aquel tiempo, sólo durante un breve período habían podido salir del aparato. Fue cuando aterrizaron en aquella lejana estrella cuya catalogación les fue imposible. Pero no guardaban buen recuerdo de aquellas horas. Allí, en la apagada estrella del tipo de las enanas blancas, quedó enterrado el profesor Courtney, jefe científico de la expedición, y con él Dixie Bomers, el joven y simpático navegante, víctimas ambos de la radiactividad, por causa de una avería en los motores atómicos del *“Blue Byrd”*.

Había pasado mucho tiempo antes de que volvieran a tener conciencia de cual debía ser su rumbo. Descubrieron muchos sistemas solares, semejantes al nuestro, observaron estrellas aún sin catalogar por los terrestres; en algunos sitios creyeron descubrir vestigios de vida; pero todo había sucedido como en una pesadilla en que se vieran las cosas a través de una espesa niebla. La única constancia viva de todo ello estaba en las abundantes notas tomadas por todos ellos, más que en su memoria.

Aquel pequeño grupo de hombres había experimentado durante mucho tiempo un tipo de angustia inédito para los demás terrestres: la infinita angustia de encontrarse perdidos en la inmensidad del Universo. Luego, el azar los había puesto de nuevo sobre una ruta que les permitió orientarse. Más tarde…

Bendy Wrigth no pudo evitar una profunda alteración en la voz al dirigirse a sus compañeros.

—¡Tierra! ¡Tierra! —gritó.

Todos volvieron la cabeza hacia el segundo piloto y lo miraron con la respiración contenida.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! —gritaba Bendy, con las facciones contraídas y un brillo febril en la mirada—. ¡Mirad la pantalla del tele—radar!

Todos los ojos se concentraron en el punto indicado y pudieron observar una lejana y luminosa mota que destacaba brillantemente sobre la oscuridad del cielo.

—¡Es cierto! —exclamó el doctor Dowers.

—Es la capa de nubes que envuelve a la Tierra —afirmó Rod, el cual era de nuevo el hombre de sangre fría y nervios de acero que le habían valido ser elegido como piloto jefe de aquella expedición entre todos los aspirantes del mundo entero.

—Pienso comerme un buey a lonchas en cuanto lleguemos —intervino Turan—. ¡Ya estoy harto de estos endemoniados alimentos sintéticos que nos ha suministrado el doctor durante todo el viaje!

—Yo tendré que hacerme un recuento de dientes y muelas—sonrió Bendy—. ¡Hace tanto tiempo que no los uso!

—Estáis de una locuacidad desacostumbrada —sonrió Rod—. ¿No teméis que se os vaya la fuerza por la boca?

—¿No crees que es para perder el control? —replicó Bendy—. ¡Por fin, la Tierra! ¡Algo tan concreto como eso! ¡Es como si el Universo se redujera de pronto a una escala comprensible para nuestras mentes humanas! ¡Algo tan maravilloso y asequible como esas lonchas de buey de las que habla Turan!

El armenio sonrió maliciosamente como si ya tuviera entre sus mandíbulas uno de aquellos presentidos trozos de carne.

—Quiero advertirles que estaba temiendo este momento —intervino el coronel Dowers—. Un ataque de euforia puede poner en peligro a nuestra expedición, precisamente cuando ya parecen tocar a fin nuestros sufrimientos.

—No se preocupe, doctor —dejó caer Rod—; las cosas marcharán como es debido. Tú, Turan, ocúpate de vigilar el horizonte artificial, en tu cuadro de mandos. Bendy, controla nuestra aproximación a las primeras capas de la atmósfera. ¿Hay alguna forma de saber a qué velocidad volamos?

Las órdenes de Rod tuvieron la virtud de centrar a cada uno en su tarea, haciéndoles salvar el escollo del excesivo optimismo con que empezaban a considerar la situación.

—Es inútil —contestó Turan a la pregunta de Rod—. Desde que se estropeó el velocímetro, ya hace años de esto, navegamos sin tener la menor idea de cuál es nuestra velocidad.

—Tú, Bendy, lanza unas ondas de radar a espacios intermitentes, para que se reflejen en la superficie de la Tierra. Toma los tiempos entre dos pulsaciones y sabremos a qué atenernos.

Durante unos minutos trabajaron todos en silencio. Al cabo de este tiempo fue Bendy el que tomó la palabra.

—¡Que Turan se quede calvo como una bola de billar si ningún aparato funciona como es debido en esta maldita astronave!

—Si no encuentro un buey a mi gusto ya sé a quien me voy a comer —rezongó Turan significativamente.

—¿Qué has querido decir, Bendy? —preguntó Rod, preocupado.

—Que también la sonda radárica está estropeada. ¿Tú crees que es posible que hayamos estado volando todo este tiempo a doscientos ochenta y cuatro mil kilómetros por segundo?

—¿Cómo dices? ¡Eso es imposible!

Nuestro aparato está concebido para alcanzar una velocidad mil veces inferior —terció Turan.

—Pues el registro señala, esa velocidad. Por eso digo que también debe estar estropeado.

—¿Usted qué opina, coronel? —preguntó Rod.

—Ustedes saben más que yo de eso. Sin embargo, pienso que, dado el caso de que hemos volado sin sistema de referencia casi todo este tiempo, no es extraño que no hayamos podido percatarnos de la velocidad real que hemos podido llevar.

— ¡Pero eso sería fabuloso! —exclamó Rod.

—Desde que tuvimos la avería que costó la vida al profesor Courtney y a Bomers no nos ha salido nada a derechas —dijo Turan.

—De cualquier modo, hemos de intentar el aterrizaje como sea —decidió Rod—. Nos guiaremos por nuestros sentidos.

—Si es cierta esa velocidad que registran los aparatos —continuó el doctor—, un fallo de una milésima de segundo puede sernos fatal.

Rod no contestó, pero su varonil rostro reflejaba una profunda concentración. Al cabo de unos segundos tomó la palabra.

—Tiene razón el coronel. No sé cómo podemos haber alcanzado esa velocidad, pero si es cierto, no hay ningún ser humano que pueda maniobrar con éxito lanzado de esa manera.

—Los reflejos fisiosicológicos son de un orden miles de veces

inferior —corroboró Dowers.

—Veo que tu banquete se esfuma por los aires, Turan —sonrió valerosamente Bendy.

El armenio tragó saliva en silencio y continuó atento al cuadro de mandos que tenía ante sí.

—Quizás haya una solución—dijo Rod serenamente—. ¿Podrías hacer una conexión entre el piloto de inercia y el dispositivo de aterrizaje, Turan?

El armenio miró a su compañero y sus ojos negros centellearon por un segundo.

—Lo intentaré, Rod. Eso podría resolver la cuestión. Ayúdame, Bendy. Usted, doctor, también.

Los tres hombres se pusieron a la tarea y algún tiempo después Turan se dirigía a Rod.

—Ya está. He montado una red entre el piloto de inercia, el dispositivo de aterrizaje y el cerebro electrónico auxiliar. Este último se encargará de regular la relación entre las órdenes del dispositivo de aterrizaje y las maniobras del piloto de inercia. Si esto no da resultado…

Bendy no le dejó terminar la frase.

—Si no da resultado no nos enteraremos nunca; en una milésima de segundo pasaremos al Reino de los Justos.

—¿Usted qué opina, doctor; debemos intentarlo?

—Cualquier cosa es mejor que continuar enterrados en vida aquí dentro, Rod. Por mi parte estoy dispuesto a afrontar el riesgo que sea.

¿Y tú, Turan?

—Adelante, Rod.

—A mí no hace falta que me preguntes —atajó Bendy—. ¡Por nada del mundo quisiera ser víctima de la voracidad de Turan! ¡Hay que buscar ese buey, sea como sea!

—Entonces, adelante —resumió Rod—. No sé qué fecha será, pero hoy pondremos pie en tierra firme o moriremos en el empeño. De cualquier modo nuestro largo viaje ha terminado.

Aquellas palabras pusieron fin a la situación. Rod pasó el mando

del aparato al complejo creado por Turan y se sentó frente a sus compañeros. Todos permanecían en silencio, sin mirar siquiera a través de las ventanillas transparentes de la astronave. A buen seguro que el doctor pensaba en su mujer y sus hijos. Turan y Bendy eran solteros y resultaba difícil adivinar en qué ocupaban sus pensamientos, quizás los últimos de su vida. En cuanto al mismo Rod le resultaba imposible concentrarse en nada concreto. Sólo tenía conciencia de un profundo sentimiento de hastío. De aterrizar bien les esperaban los honores, la popularidad, la fama; pero nada de esto le importaba. Varios años encerrado en aquella cabina le habían hecho insensible a todas estas cosas. Sólo quería acabar de una vez. Como jefe de la expedición, después de muerto Courtney, se había visto obligado a consultar a sus compañeros, pero nada le hubiera desesperado más que el que se hubieran resistido a correr el riesgo. Le que había dicho el doctor Dowers era cierto: aquello era como estar enterrado en vida.

Turan echó una ojeada al cuadro de mandos.

—Nos acercamos a nuestro objetivo a pasos agigantados, Rod.

—Conecta los cohetes de retroceso para que entren en acción cuando estemos a seiscientos mil kilómetros.

—Hecho —dijo al tiempo que movía una pequeña palanca.

Casi instantáneamente experimentaron una sacudida y rodaron por el suelo, perdido el equilibrio.

—¿Qué demonios sucede ahora? —masculló Bendy.

—¡Hemos recorrido más de cuatrocientos mil kilómetros en un par de segundos! — se asombró Turan.

Bendy se levantó como pudo y miró a través de las ventanas transparentes.

—¡Hemos tenido el primer choque con la atmósfera de la Tierra! Ahora describimos una gran curva para volver de nuevo sobre nuestro objetivo. Amarraos bien a vuestros. asientos. Tu dispositivo funciona a las mil maravillas, Turan. Cuidado. ¡Volvemos a tomar contacto con la atmósfera!

Una nueva sacudida dio en el suelo con aquellos que habían estado remisos en afianzarse los cinturones de seguridad.

—¡Esto es un baile infernal! —exclamó Bendy.

—Pero me tienes a mí de pareja —sonrió Turan, al tiempo que se limpiaba con el dorso de la mano la sangre que le brotaba de los labios—. ¿No te gusta, cachorro de león?

—¡Al diablo…!

Bendy no pudo terminar la frase, porque una nueva sacudida estremeció el aparato.

En cada una de aquellas pasadas, el *"Blue Byrd"* iba perdiendo velocidad. Media hora más tarde fue decreciendo la violencia de los choques y, por fin, Rod pudo hacerse cargo de la dirección del aparato.

—Creo que lo hemos conseguido, amigos.

—¡Dios sea loado! —suspiró el coronel Dowers.

—Le veo a usted con las insignias de general —bromeó Bendy.

—¡Eh, mirad! ¡Mirad lo que tenéis a vuestros pies! —les llamó la atención Rod.

Todos se agolparon en las ventanillas y pudieron ver extasiados la inmensa superficie del mar que brillaba como un espejo de acero.

—¡Hurra! —gritó Bendy.

Esta vez unieron todos sus voces a la del joven e inquieto segundo de a bordo.

CAPÍTULO SEGUNDO

En el transcurso de unas horas, el *“Blue Byrd”* fue perdiendo velocidad y altura hasta navegar sumiso a las órdenes de Rod.

—Dentro de poco estaremos en casa, muchachos —dijo Rod jovialmente.

—Es una lástima que no funcione nuestra emisora —aseguró Turan.

—No importa gran cosa. Estoy seguro de que ya hemos sido localizados y la noticia de nuestro regreso debe estar dando la vuelta al mundo en estos momentos.

—Espero que se haya enterado aquel bombón de secretaria que dejamos en la base de lanzamiento de Cabo Cañaveral —dijo frívolamente Bendy—. Me la he de llevar a cenar y no pienso dejarla hasta que le haya contado, una a una, todas nuestras aventuras.

—Me gustaría oírte —sonrió Turan—. Supongo que quedará bien claro que gracias a ti hemos podido regresar sanos y salvos, ¿no?

—Mira, pequeño, en asunto de faldas me considero el jefe indiscutible de la expedición. Si hubiéramos encontrado algunos elementos femeninos por esos mundos de Dios, podéis estar seguros que nuestra expedición hubiera marchado cómo una seda.

—Bendy, dame nuestra posición.

—Al momento, Rod.

Bendy consultó unos instrumentos.

—En estos momentos volamos sobre el continente americano. Precisamente a la altura de Montana.

—No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes, Rod?

—Echad una ojeada.

Los tres hombres se acercaron a las ventanas de la cabina y dirigieron su mirada hacia la tierra.

—¿Cómo es posible? —se sorprendió Bendy.

—Yo diría que volamos sobre el Brasil —insinuó Dowers.

—Sin embargo, estoy seguro de que los aparatos de situación funcionan perfectamente —aseguró Turan.

—Pues no lo entiendo —repuso Rod—. No comprendo cómo en cuatro o cinco años que debemos estar viajando ha podido cambiar de tal manera la faz de los Estados Unidos.

El asombro de Bendy y sus compañeros estaba plenamente justificado. A sus pies se deslizaba una inmensa sabana verde de vegetación que cubría por completo todo el territorio que abarcaba su mirada.

—¿Estás seguro de que. volamos sobre territorio de los Estados Unidos, Bendy?

—Completamente, Rod. A simple vista se puede comprobar. Mira hacia adelante y a la derecha.

—¡Tienes razón! —exclamó Rod— ¡Aquello es el golfo de California!

—Y lo que tenemos a la izquierda es la región de los lagos — terció Turan, al tiempo que señalaba hacia la lejanía—. Desde esta altura se divisan perfectamente los lagos Superior y Michigan.

—Me parece que vamos a encontrar muchas novedades en la Tierra —afirmó Dowers con voz suave no exenta de cierto acento de preocupación.

Cuando el doctor Dowers, coronel médico del Ejército de los Estados Unidos, hizo aquel vaticinio, no sospechaba siquiera cómo la realidad iba a superar con creces sus sospechas, pero no iba a tardar en comprobarlo.

El *“Blue Byrd”* navegaba a una marcha moderada y Rod había puesto proa a Nueva York. Había elegido aquel sitio como lugar de aterrizaje por considerar que su aeropuerto tenía capacidad sobrada

para recibirlos. De haber funcionado la emisora de radio hubiese pedido permiso para hacerlo en Cabo Cañaveral, que era su base de partida, pero después de tanto tiempo, cuando sin duda los daban ya por perdidos, era un riesgo el intentarlo, ya que podían interferir alguna prueba experimental.

Sin embargo, tenía una duda: ¿También Nueva York estaría cubierto por aquella espesa selva que tenía ante sus ojos?

El hilo de estos pensamientos le llevó a escrutar de nuevo la inmensa alfombra verde. Fue entonces cuando vio algo totalmente inesperado. De un pequeño montículo cubierto de maleza salió un extraño pájaro que se dirigió en veloz vuelo hacia la astronave.

—¡Mirad quién viene a recibirnos!

—¿De dónde ha salido ese monstruo? —preguntó Bendy en el colmo de su estupor.

—¡Por todas las furias del averno! —exclamó Turan.

La cosa no era para menos. El extraño pájaro tenía unas dimensiones colosales. La envergadura de sus alas quizá rebasara los cien metros, su cabeza estaba coronada por dos enhiestas orejas puntiagudas y su cara triangular acababa en un hocico en forma de poderoso pico.

—Se diría que es un murciélago; pero un millón de veces mayor de lo corriente —dijo Dowers.

—Tanto las alas como el resto del cuerpo están desprovistos de plumas, como en los murciélagos —corroboró Turan.

—¿Está seguro de que no estamos viendo visiones, doctor? Quizá la excitación que nos produce nuestro regreso…

—Nada de eso, Bendy. Esa criatura monstruosa es un ser real y bien real. Si tiene la menor duda, muy pronto va a salir de ella.

En efecto, la extraña ave se dirigía a toda velocidad hacia el aparato de los astronautas y Rod intentó maniobrar para zafarse de su acometida, pero fue inútil. Unos segundos después, la monstruosa criatura se abatía sobre el *“Blue Byrd”* y cerraba sus asombrosas alas sobre la estructura del aparato, ciñéndolo en un mortal abrazo.

—¡Por todos los santos del cielo, Rod! —exclamó Bendy—. ¿Pero qué es lo que pretende esta bestia?

—¡Que me arranquen las uñas si lo sé! Debe habernos tomado por otro pájaro y está dispuesto a disputarnos el dominio del espacio.

La tesis de Rod no iba descaminada. Aquel ser monstruoso aprisionaba con sus alas la astronave y su poderoso pico intentaba hundirse en la estructura del "Blue Byrd”, picoteando con tal fuerza que toda la nave vibraba como golpeada por un gigantesco martillo.

—¡Esta condenada bestia va a conseguir que nos vayamos al traste! —dijo Rod.

La astronave se zarandeaba sin gobierno y Rod hacía esfuerzos titánicos para conseguir dominarla. Durante un segundo, el animal aplicó su repugnante rostro sobre la superficie exterior del aparato y uno de sus ojos fue a situarse sobre una de las ventanillas. Era un ojo enorme, con un diámetro superior a los ochenta centímetros; su color era amarillo dorado y la pupila de un negro intenso y fosforescente.

—¡Repugnante bicho! —masculló Turan.

—Como no consigamos desprendernos de él vamos a dar con nuestros huesos en el suelo.

El temor de Rod estaba plenamente fundado. No podía maniobrar los mandos para dirigir el. aparato, por la presión que sobre los alerones exteriores ejercía el cuerpo de la bestia; y la astronave describía una rápida parábola, precipitándose hacia el suelo.

—Conecta el circuito eléctrico exterior, Turan —ordenó Rod—. Quizá así nos veamos libres de este molesto compañero.

Turan, con la ayuda de Bendy y de Dowers, se afanó en cumplir la orden de Rod.

—Ya está—dijo al cabo de unos minutos.

—Suéltale una buena sacudida.

Turan pulsó un botón y los efectos no tardaron en sentirse. La extraña bestia sufrió un fuerte estremecimiento, desplegó sus alas y se remontó hasta una altura inverosímil.

—¡Vaya enhoramala! —suspiró Bendy.

Pero Rod había olvidado ya al extraño animal para poner sus cinco sentidos en los mandos del "Blue Byrd”. La fuerza de inercia

lo dirigía hacia el suelo y pretender salir de aquel picado forzoso suponía un riesgo demasiado grande.

—Voy a intentar un aterrizaje circunstancial, muchachos. Es la única manera de enderezar nuestra posición.

Por fortuna tenía ante sus ojos la larga cinta de una estrecha playa y allí consiguió posar su aparato.

—¡De buena hemos escapado! —suspiró—. Un segundo más y nos hubiéramos estrellado.

—¿Crees que podremos despegar de aquí? —preguntó Bendy.

—No creo que tengamos la menor dificultad; lo haremos en ascensión vertical. Vamos a echar una ojeada al lecho donde se ha posado el *“Blue Byrd”*, por si acaso tuviéramos que enfrentarnos con alguna dificultad imprevista.

Rod, Bendy y Turan abrieron la escotilla de emergencia y saltaron a tierra. Una simple ojeada les bastó para percatarse de que el *“Blue Byrd”* se había posado perfectamente en 1a playa de arena, como conducido por Rod, que no en balde pasaba por ser el. mejor piloto del mundo.

—Bien, muchachos; no habrá la menor dificultad en el despegue.

Bendy miraba con ojos extasiados cuanto le rodeaba y de pronto, en un impulso irreprimible, se arrodilló y besó el suelo.

—¡Bendita seas, madre Tierra! —murmuró.

Turan y Rod miraban la escena entre conmovidos y sonrientes.

—Bien, muchacho —apuntó Rod—. Es lo menos que podemos. hacer después de tantos años de ausencia y con la esperanza, perdida de volver a pisar la rugosa piel de este viejo planeta.

Rod y Turan imitaron a Bendy y depositaron sendos besos sobre la fina arena de aquella playa.

—Tendremos que localizar el lugar para dejar constancia en el diario de a bordo.

—No puede ser más que uno, Bendy —contestó Rod—: El Gran Lago Salado. Una playa de estas características en el interior de los Estados Unidos y en la zona del noroeste no puede pertenecer más que a ese lago.

—Sí —aseveró Turan—. Me parece reconocer esta estrecha

playa, bordeada de selva. Yo he estado aquí…

Turan no terminó la frase. Sus ojos se habían concentrado en un punto de la barrera de verdura que se encontraba a unos veinte metros y, de pronto, su voz tomó un aire de sorpresa.

—¡Eh, usted! ¡Acérquese!

Una vaga silueta se movió entre los árboles y Turan salió corriendo en pos suya, seguido por sus compañeros.

—¡Oiga, deténgase!

Pero aquel hombre, pues de un hombre se trataba, intentaba hacerles perder su rastro adentrándose en la espesura.

—¿Tan mala facha tenemos que así huyen de nosotros? —comentó Bendy sin aflojar ni un ápice en la carrera.

Pero las grandes zancadas de Turan no tardaron en hacerle ganar terreno y pronto tuvo acorralado al hombre contra una irregularidad del terreno.

—¿Pero qué le pasa a usted? —preguntó el armenio, jadeante.

El individuo no contestó ni una sola palabra. Con gesto rápido echó mano al cinto y empuñó una extraña pistola.

Los reflejos de Turan funcionaron maravillosamente y pudo dar un salto de costado, al tiempo que un destello azulado barría el lugar que ocupara una décima de segundo antes.

El extraño sujeto intentó hacer de nuevo puntería, pero ya era tarde. Rod, que llegaba en aquel momento, se abalanzaba sobre él y ambos rodaban por tierra unidos en apretado abrazo. Turan y Bendy no tardaron en participar en la contienda y el arisco personaje pronto se vio dominado.

—¡Bonito recibimiento! —exclamó Bendy, jadeante—. ¿Es que se han perdido las maneras en la Tierra? ¡Ganas me dan de saltarle los dientes a este mastuerzo!

El desconocido se puso en pie, después de que Rod le quitara la extraña pistola. Era un hombre de unos cuarenta años, de regular estatura y facciones inteligentes; sus ojos tenían un aire de iluminado y en su actitud había una. mezcla de resignación y desprecio.

Rod escrutó su rostro durante unos segundos y luego volvió la mirada hacia el terreno que había barrido aquel hombre con el

misterioso haz de luz, el cual aparecía totalmente calcinado como si se hubiera producido un devorador incendio.

—¡Vaya juguetito que se gasta nuestro amigo! —ponderó Bendy.

—¿Pero está usted loco? —se dirigió Rod al desconocido— ¿No cree que no es esa forma de dirigirse a unos desconocidos?

El hombre lo miró despectivamente y luego escupió unas palabras:

—¡Basta ya! ¡Acabad de una vez conmigo!

—¿Que acabemos…?

Rod no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Oiga, amigo; usted no debe estar bien de la cabeza —terció Turan—. ¿Por qué teníamos que acabar con usted?

El desconocido lo miró con ojos sorprendidos, pero no dijo nada.

—Admito que tiene usted derecho a no hacer nuevas amistades —continuó. Rod—, pero de ahí a intentar eliminar a todo aquel que le diga buenos días va un buen trecho, ¿no le parece?

—¿Quieren decir que no piensan matarme?—preguntó cautelosamente.

—¿Y por qué lo íbamos a matar, condenado? —no pudo contenerse Bendy.

—Les advierto que será inútil que piensen llevarme con ustedes. En la boca tengo una cápsula de cianuro y me envenenaré antes que entregarme.

—Decididamente está usted para que le metan la camisa de fuerza —repuso Rod—. No queremos matarlo, ni queremos que se venga con nosotros. Debíamos entregarle a las autoridades por haber intentado asesinarnos, pero ya son bastantes los problemas que tenemos encima.

La cara del desconocido reflejaba una mezcla de sentimientos que iban de la desconfianza a la sorpresa más acusada.

—¿Entonces puedo irme?

—Váyase y otra vez procure no dejarse dominar por el pánico. El miedo es un mal consejero.

El extraño hombre echó una rápida mirada al arma que Rod le había arrebatado, pero no se atrevió a pedirla. Nuestro amigo, que

comprendió su intención, le salió al paso.

—No, amigo, esto me lo quedo como recuerdo. ¡Y ahora, lárguese!

El desconocido no se hizo repetir la orden y unos segundos después desaparecía entre la espesura.

—¡Que el diablo lo lleve! —masculló Bendy.

—¡En mi vida he encontrado un tipo tan extraño! —comentó Turan.

El doctor Dowers, que había descendido del *“Blue Byrd”* al ver la acción de sus compañeros y que presenció la escena en silencio, tomó la palabra.

—Tiene aspecto de hombre inteligente, sin embargo hay algo en su mirada que me hace desconfiar de su razón.

Bendy miró de hito en hito al doctor.

—¿Desconfiar dice usted? ¡Está loco de remate!

Todo es muy sorprendente —comentó Rod—. ¿Ha visto usted los efectos de esta extraña arma? Es un auténtico rayo de la muerte.

—Lo que observo con verdadero dolor es que la Humanidad, en los pocos años que faltamos de este planeta, ha seguido progresando en el camino del mal y la destrucción. Esta arma es una prueba de que la guerra fría entre los Estados Unidos y Rusia sigue haciendo verdaderos estragos en la moral y en la conciencia de los hombres. Ese desdichado ser parecía aterrorizado. ¿No es eso una prueba de que la tensión en el mundo ha subido más todavía? Por este camino llegará un día en que todos los hombres nos sintamos enemigos.

Aquellas palabras pusieron justo colofón al incidente y los cuatro hombres. volvieron en silencio hacia la astronave, mientras sus mentes se torturaban en intuir qué clase de mundo iban a encontrar a su regreso, después de pasar tan largos y angustiosos años en lo que fue calificada por un periodista exaltado de primera expedición de paz universal.

CAPÍTULO TERCERO

El despegue de la astronave se hizo sin nuevos incidentes y Rod puso rumbo a Nueva York. La alegría del regreso se vela empañada por aquellos acontecimientos, que eran indicio de otros mucho peores.

Volando a unos ochocientos metros de altura podían seguir su trayectoria sin ayuda de los instrumentos, pero resultaba difícil reconocer el paisaje a causa de la espesa capa de vegetación que cubría todo el territorio.

Por fin distinguieron en lontananza su objetivo: las recortadas costas del noroeste de los Estados Unidos, Long Island, la bahía de Nueva York, el río…

La zona de Nueva York y los estados de Conecticut, Massachusetts, New Hampshire y Vermont parecían estar despejados de aquella lujuriosa vegetación que cubría el resto de los Estados Unidos.

—Esto ya es algo —comentó Bendy.

—Sí —repuso Rod—. Al menos podremos aterrizar y verles la cara a los que vengan a recibirnos.

Conforme se fueron acercando, las cosas se perfilaron más claramente.

—Allí tenemos el aeropuerto —señaló Turan—. Ha sufrido algunas modificaciones importantes. Yo diría que es mucho más pequeño.

—No se ven más que dos pistas de aterrizaje y mucho más pequeñas de lo que eran antes.

—Todo esto es muy raro —masculló Rod—. ¿No notáis una sensación extraña?

—Todo es extraño desde que hemos regresado —afirmó el doctor.

—Pero me refiero a algo especial. No sé. Quizá el tiempo ha hecho que se borre de mi mente la imagen de estos lugares tan conocidos, pero es como si algo no encajara bien con las ideas que uno tiene de las cosas.

—Yo no quiero pensar más—aseguró Bendy—. Lo único que me preocupa es poner pie en tierra firme y dormir en una buena cama…

Rod se dio una palmada en el muslo y lanzó una exclamación impregnada de asombro.

—¡Ya lo tengo! ¡Nueva York!

—¿Qué pasa con Nueva York? —preguntó el armenio, mirando sorprendido a su compañero.

—¡Eso es lo que yo me pregunto! ¿Qué pasa con Nueva York? ¿No os dais cuenta? ¡Nueva York no existe!

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Turan— ¿Qué es lo que estás diciendo, Rod?

—Fijaos bien. Atentos al aeropuerto no centrábamos nuestra atención en los alrededores. ¿Dónde está la ciudad? Allí tenéis la desembocadura del río y aún quedan algunos vestigios de lo que fue el puerto, pero ¿y las calles? ¿Dónde están los edificios? ¿Y las gentes? Desde esta, altura teníamos que dominar la ciudad y podríamos ver a un simple peatón marchando por las calzadas. ¿Veis lo mismo que yo o es que me estoy volviendo loco?

La voz angustiada de Rod hizo salir al coronel de su estupor para tomar la palabra.

—Tranquilícese, Rod. Usted se encuentra perfectamente cabal. Yo estoy viendo lo mismo que usted.

—Y yo también—aseveró Turan, a quien la lengua se le pegaba al paladar por efecto de la impresión.

—¡Es todo una llanura! —afirmó Bendy— Donde antes estaba la ciudad no queda ni el menor vestigio de vida.

—Eso quiere decir que después de marcharnos nosotros ha estallado la guerra atómica que tanto temíamos —aventuró Rod.

—Pero aun así resulta incomprensible todo —intervino el doctor

—. ¿Dónde están los escombros? Aun suponiendo que Nueva York haya sido arrasada por un bombardeo atómico, serían necesarios más de cincuenta años, o quizá cien, para hacer desaparecer los miles de millones de toneladas de escombros.

—Pues ahí no se ve nada —dijo Bendy—. Parece como si hiciera cientos de años que nadie hollara siquiera ese terreno.

De todas las situaciones que había atravesado aquel grupo de esforzados hombres, quizá ninguna les llenó de tanto estupor como aquélla. Sus calamidades habían sido más o menos previsibles, pero aquello… Sus mentes daban vueltas y más vueltas al asunto sin poder encontrar una explicación satisfactoria.

—Todo esto supera a nuestra pobre condición humana —musitó el doctor—. Estamos en las manos de Dios y sólo El puede darnos fuerzas para resistir tanta calamidad y tanto asombro.

La astronave había llegado hasta la zona de ubicación de lo que fue la ciudad y Rod describía un amplio círculo para observar atentamente el terreno.

—Si no fuera por los demás accidentes geográficos, juraría que nos hemos equivocado de sitio.

—Pero no hay lugar a dudas, Rod. ¡Aquello es el río Hudson, y de lo que fue el puerto aún quedan los vestigios de algunos muelles, y que me asen vivo si no estoy contemplando con mis propios ojos la forma alargada de Long Island! —dijo Turan.

—Es inútil. Como bien ha dicho el doctor, esto rebasa nuestras facultades humanas —expresó Rod con desaliento—. No nos queda más que dejarnos llevar, por la mano del Destino.

—¿Aterrizaremos aquí? —preguntó Bendy.

—Creo que es lo mejor. Después de todo, da igual este sitio que cualquier otro. En cualquiera de esas dos pistas podemos hacerlo.

—Si no encontramos a nadie siempre estaremos a tiempo de remontar el vuelo y largarno de aquí —aseguró Turan.

—Está decidido, muchachos —terminó Rod, procurando darle a su voz un tono menos apesadumbrado—. Vamos a aterrizar.

Maniobró los mandos del *“Blue Byrd”* y tomó rumbo hacia una de las pistas de aterrizaje.

—Ve dándome las referencias de altitud, Bendy.

—Ahora estamos a ochocientos metros.

—Pico.

Bendy fue comunicando los datos que se mostraban en la pantalla registradora

—Setecientos…, seiscientos…, quinientos…, cuatrocientos…, trescientos…, dos…

No pudo terminar la palabra que había comenzado. Una fuerte explosión en la parte de popa de la astronave sacudió al *“Blue Byrd”* y sus ocupantes fueron lanzados contra las paredes de la cabina, como impulsados por la mano de un gigante.

—¡Hemos sufrido un impacto! —gritó Rod ya por tierra—. ¡Vamos a estrellarnos contra el suelo!

Bendy fue el primero en rehacerse y se abalanzó a los mandos, en un desesperado intento de conseguir gobernar la nave.

—¡Es inútil, Rod! ¡Es inútil! ¡La nave ya no obedece a los mandos!

—Que Dios sea con nosotros —dijo el doctor, al tiempo que hacía sobre su rostro la señal de la cruz.

Rod aún pudo levantarse y acercó sus ojos a la escotilla transparente de la astronave. Vio que la tierra se precipitaba a su encuentro a una velocidad endiablada. Se asió fuertemente y cerró los ojos; luego, oyó un infernal crujido y salió disparado contra la pared de enfrente; luego, nada.

El *“Blue Byrd”* había terminado su largo viaje.

CAPÍTULO CUARTO

Lo primero que Rod vio al volver en sí fue la cara de un desconocido cuyos ojos escrutadores parecían quererse clavar en los suyos.

Cerró las ojos de nuevo, sin estar muy convencido de si aquello era un sueño o la realidad, pero sus sentidos se fueron despertando y comenzó a tomar conciencia de la realidad de las cosas.

No cabía duda de que estaba tumbadoen una cama y de que todo su cuerpo le dolía comosi le hubiesen propinada una fenomenal paliza. Llevaba una mano vendada y otra venda le ceñía la frente. Al parecer, el aterrizaje forzoso del *“Blue Byrd”* no había tenido consecuencias demasiado graves para su organismo. Lentamente fue moviendo todos sus músculos y se convenció de que aún era dueño de sus movimientos.

Cuando abrió los ojos de nuevo volvió a tropezarse con la mirada inquisitiva de su acompañante.

—Es un milagro que no me haya roto la cabeza, ¿verdad? —dijo, iniciando una sonrisa.

El hombre que estaba frente a él no pareció haber oído.

—¿Y mis compañeros? ¿Cómo están? ¿Han conseguido salvarse?

Cuando el hombre a quien dirigía las preguntas se decidió a hablar lo hizo lentamente y con cierto tono sarcástico en la voz.

—¿No te parece que preguntas demasiado?

—Creo tener derecho a hacerlo. ¿No opina usted lo mismo? Nada más natural que me interese por la suerte de mis compañeros.

—Te has vuelto muy caritativo, renegado. ¿Desde cuándo los hombres del Vengador tienen el corazón tan tierno?

Rod estuvo a punto de lanzar un lamento. ¿Pero es que todo el mundo se había vuelto loco?

Procuró conservar su sangre fría y afrontar la situación serenamente.

Primero se tomó algún tiempo para observar detenidamente a su interlocutor. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de estatura algo menos que mediana y de rostro trabajado por las penalidades. Lo más resaltable de su persona eran los ojos; unos ojos penetrantes e inquisidores, como los de persona que está habituada a sondear en las conciencias ajenas.

—No entiendo lo que quiere decirme. Será necesario que se explique.

Una oleada de cólera invadió la faz del desconocido. Con gesto brusco se levantó de su silla y cogiendo a Rod por la pechera lo atrajo hacia sí, hasta juntar sus caras.

Nuestro amigo intentó defenderse de aquella actitud ultrajante, pero al primer intento quedó fuertemente sujetado por dos individuos que estaban a la cabecera de su cama y en los cuales no había reparado.

—Quieres que me explique, ¿verdad? No voy a tardar en hacerlo. Mira mi explicación.

Diciendo esto, el desconocido abofeteó repetidamente a nuestro amigo.

—¿Te parece bien la explicación? ¡Dime! ¿Te parece bien?

Una terrible cólera dominaba a Rod, pero sus esfuerzos por desasirse resultaron inútiles.

—¡Y esto no es nada! ¡Te arrancaré la piel centímetro a centímetro! ¡Te azotaré hasta que consideres la muerte como una liberación! ¡Antes de que pasen muchos días serás un guiñapo sin voluntad y estarás dispuesto a servirme como un perro fiel! ¿Te parece que ahora me explico bien? ¡Dime, perro, renegado!

La explosión de cólera de su adversario había tenido la virtud de apaciguar totalmente a Rod y volvía a ser el hombre de sangre fría a toda prueba, capaz de enfrentarse con cualquier situación que se presentase.

—¡Tú eres el que va a hablar y no vas a tardar mucho! —bramó

su interlocutor.

Rod miró fríamente al hombre y dejó caer unas palabras en tono glacial.

—Si vivo lo bastante, le mataré a usted.

—Ya sé que lo harías; pero es el caso que no vas a vivir bastante —sonrió el desconocido—. Una simple orden a mis ayudantes y ahí mismo acabarían contigo. ¿No ves en sus ojos el deseo de matarte? Cualquiera de entre nosotros te mataría con sumo gusto. Pero ahora te necesitamos vivo. La muerte caerá sobre ti cuando yo lo considere oportuno.

—Creo que está llegando. usted muy lejos, quienquiera que sea. Si se trata de un secuestro, tenga la seguridad de que ya deben estar buscándonos. Si, por el contrario, usted representa alguna autoridad, está abusando de ella y le costará muy caro.

El hombre miró a Rod con cierta sorpresa y luego lanzó una carcajada.

—¡Decididamente eres el tipo más cínico que he conocido en mi vida!

—Todo eso no hace más que agravar la situación. Exijo que se me permita salir de aquí al instante y si es que estoy prisionero exijo igualmente la presencia de un abogado.

El inquisidor se puso pálido de ira al escuchar aquellas palabras.

—¿Me tomas por imbécil? Si crees que te vas a burlar de mí estás muy equivocado.

Le dio un revés con la mano y lo arrojó de nuevo sobre la almohada.

Rod pensó que era mejor no rebelarse. Tendría que esperar con paciencia su oportunidad.

—Por ahora ya tienes bastante. Esto es una pequeña muestra de lo que te espera si no eres razonable.

El sorprendente individuo se levantó de la silla y tras echar una mirada despectiva a Rod se dirigió hacia una de las tres puertas que tenía la habitación.

—No lo perdáis de vista ni un segundo —dijo a los dos fornidos guardianes que vigilaban a la cabecera de la cama—. Por ahora nos interesa vivo, pero si no tenéis otro remedio no vaciléis en matarle.

—Así lo haremos —contestó uno de aquellos hombres.

Ya iba a abandonar la habitación el personaje cuando en la de al lado se dejó oír una algarabía fenomenal. La puerta que comunicaba ambas habitaciones se abrió con violencia y un hombre fue catapultado a la habitación de Rod. El infeliz rebotó como una pelota en el suelo, y vino a dar contra, la pared opuesta, con tal fuerza que quedó sin conocimiento.

Un segundo después aparecía, enmarcada por la puerta, la colosal figura de Turan. Estaba desgreñado y con la camisa destrozada, pero en sus ojos fulguraba una mirada de vengadora furia.

—¡Villanos! ¡Carne de cerdo salada! —rugía el gigante— ¡Yo os enseñaré a comportaros como caballeros!

Alguien que lo atacaba por la espalda fue volteado limpiamente sobre la cabeza de Turan y se estrelló contra el suelo con un gemido de dolor.

Pero cinco o seis hombres que provenían de la habitación contigua saltaron como chacales sobre el gigantesco armenio, al mismo tiempo que llamaban a grandes voces a sus compañeros.

El estupor que aquella inesperada visita había causado en los guardianes de Rod le permitió a éste saltar de la cama y lanzarse como una flecha sobre los contrincantes de Turan.

—¡Estoy contigo, Turan! ¡Demostraremos a esta gente cómo se debe pelear!

—¡Bravo, Rod! ¡Me alegra verte vivo! ¡Vamos a obligar a estos jovencitos a que hagan un poco de ejercicio! ¡Eso les sentará bien!

Al tiempo que pronunciaba estás palabras, sus poderosos puños se desplomaban sobre sus adversarios machacándolos despiadadamente.

Pero llegaban nuevos refuerzos y la habitación no tardó en estar completamente llena.

Turan y Rod causaban verdaderos estragos entre sus enemigos, pero la aplastante superioridad numérica acabó por imponerse y no tardaron en quedar inmovilizados bajo el peso de sus adversarios.

—¡Atadlos a sus respectivas camas! —ordenó secamente el individuo que había estado interrogando a Rod—. Va a ser cuestión

de que decidamos pronto lo que vamos a hacer con ellos.

No sin grandes esfuerzos llevaron a nuestros amigos hasta sus lechos y los amarraron fuertemente. Unos minutos más tarde había vuelto la paz que de forma tan violenta fuera rota.

Rod se encontraba materialmente molido, pera no podía ahogar en el fondo de su alma una íntima y profunda satisfacción.

En primer lugar sabía que, por lo menos, uno de sus amigos estaba vivo. Después, estaba orgulloso de haber podido mostrar a sus aprehensores de que manera eran capaces de luchar dos hombres como ellos.

Miró a sus guardianes y sonrió.

—¡Carne de cerdo salada! —dijo, sintiendo una íntima satisfacción al emplear el original insulto de Turan.

Los dos hombres parecieron no oír lo que les decía el prisionero.

Pero la euforia fue pasajera. Eran muchos los problemas que se amontonaban en su espíritu y pocas o ninguna las soluciones que veía en lontananza.

En primer lugar estaba la cuestión del doctor Dowers y de Bendy. ¿Habrían salido con vida del accidente? ¿Habrían intentado hacer frente a tan inhospitalarios seres y muerto en la lucha?

Luego surgía un problema igualmente grave: ¿quiénes eran aquellos hombres? ¿Qué había sucedido en el mundo mientras ellos estuvieron navegando por los espacios siderales?

Una cosa parecía evidente y era que en la Tierra se habían producido importantes modificaciones políticas y sociales. ¡Hasta la geografía parecía haber cambiado! De pronto tuvo una súbita inspiración: ¿no sería que los Estados Unidos se encontraban en guerra en aquellos momentos?

Bien mirado el problema, era la explicación más lógica a los extraños acontecimientos que habían vivido en las últimas horas. Eso explicaría la actitud del hombre que encontraron en la orilla del lago.

Sin duda se trataba de un soldado que hacia su vigilancia por aquel sector. Esto explicaría igualmente la actitud de sus aprehensores. Después de toda, el *“Blue Byrd”* era un aparato único en el mundo y bien pudo haber sido tomado por una nave enemiga

de tipo desconocido.

Estaba también el problema de la ciudad de Nueva York, que tan radicalmente había desaparecido del mapa, pera no cabía duda de que en su ausencia se habían inventado nuevas armas con un poder de destrucción muy superior a las bombas atómicas que ellos conocieron antes de emprender el primer viaje interespacial que hacían los terrestres. En todo caso pudiera ser que los propios Estados Unidos tuvieran nuevos y especiales medios para hacer desaparecer los escombros.

En cuanto a la vegetación que cubría casi por entero el territorio era posible que se tratara de una faceta de la guerra bacteriológica.

Aunque las perspectivas no eran nada halagüeñas, el hecho de encontrar una explicación razonable a todas aquellas cosas le tranquilizó bastante. Al menos cambiaría su situación personal y la de sus amigos en cuanto se aclararan las cosas.

Con estos pensamientos le vino el sueño y su vigorosa naturaleza se relajó, sumiéndose en un abandono reparador.

Le despertó el rumor confuso de unas voces dentro de su propia habitación.

Abrió los ojos y. creyó encontrarse en el más adorable de los sueños. Ante sí tenía a la más hermosa criatura que imaginarse pueda. Era una mujer de unos treinta años, alta y de formas maravillosamente proporcionadas. Su pelo era rubio plateado y sus ojos de un verde oscuro, como el de algunas esmeraldas. Los labios carnosos y perfectamente dibujados, junto con un óvalo de la cara perfecto, completaban la maravillosa imagen.

La hermosa mujer estaba plantada en el centro de la habitación y sus ojos miraban al prisionero con aire frío y meditativo.

—Llévenlo al laboratorio —dijo con agradable voz la extraordinaria criatura.

Dio media vuelta y salió de la habitación antes de que Rod hubiese tenido tiempo de reaccionar.

CAPÍTULO QUINTO

Transportado en volandas por sus dos forzudos guardianes, Rod fue llevado a un recinto de regulares dimensiones con aspecto de laboratorio.

Muchas fueron las cosas que le chocaron durante el trayecto. En primer lugar le sorprendió el hecho de que aunque aquél fue relativamente largo —unos quinientos metros—, ni un solo momento salió al aire libre. Parecía encontrarse en un inmenso edificio cuyo interior estaba dividido en calles y parecía, a su vez, contener dentro algunos edificios más pequeños.

Vio hombres, mujeres y niñas pasar por su lado y nunca podría olvidar las miradas de odio concentrado que le lanzaron. Alguna vez vio pasar unos pequeños vehículos con capacidad para un par de personas, los cuales se deslizaban silenciosamente por las calzadas que parecían estar hechas de un material muy duro y pulido. Quizá ésta era una de las cosas más sorprendentes, pues tanto el suelo como las paredes y los techos parecían estar hechos de la misma sustancia.

El interior del laboratorio no era nada extraordinario, más bien cabía calificarlo de pobremente equipado y tenía más de clínica que de laboratorio.

Sus dos guardianes lo depositaron en un sillón metálico y quedaron a su lado vigilantes.

La maravillosa mujer que había visto unos minutos antes se hallaba sentada de espaldas al prisionero y manipulaba alguna cosa sobre un pequeño banco de mármol.

Pasaron unos minutos en absoluto silencio hasta que aquella deliciosa criatura hizo girar su taburete y se enfrentó con Rod. En

sus manos sostenía una jeringuilla hipodérmica y una profunda preocupación le teñía los maravillosos ojos verde esmeralda.

—Voy a hacer algo que me repugna profundamente —dijo con su bien timbrada voz—, pero no podemos perder tiempo y es nuestro deber defender nuestras vidas con todos los medios que tenemos a nuestro alcance.

Rod miró la jeringuilla e hizo un gesto de sorpresa.

—¿Piensa usted matarme con una inyección? —preguntó serenamente— Parece que en esta condenada tierra ya no se piensa en otra cosa. Es como si Azrael, el Ángel de la Muerte, hubiese asentado su trono entre los desdichados mortales.

Un leve estremecimiento sacudió la columna vertebral de la mujer.

—Su vida no está en mis manos—respondió—. Otros son los que decidirán sobre eso. Mi misión es otra.

—No irá a decirme que pretende darme un reconstituyente —respondió sarcásticamente Rod—. ¡Sería lo último que podría imaginarme de ustedes!

La mujer desvió la mirada de los ojos de Rod y habló con voz contenida.

—Necesitamos saber a toda costa los planes de ustedes, y la sustancia que contiene esta jeringuilla nos permitirá dominar su voluntad y obligarle a contestar con la verdad a nuestras preguntas.

—¡Ah, se trata del suero de la verdad! ¿No es cierto? Un poco de escopolamina en una inyección y ya está. Bien sencillo. Primero se violenta nuestro físico brutalmente, luego se trata de violentar nuestra conciencia. ¿Pero es que ustedes no tienen la menor moral? ¿Es que se han vuelto todos locos en este condenado planeta?

La mujer miró desconcertada a su interlocutor, luego reaccionó excitadamente:

—¡No somos nosotros los que hemos provocado esta situación!

—¿Y qué situación es ésa? ¿Ni de qué diablos de provocación se trata? ¿Es que vamos a ser nosotros los responsables de todo lo que pueda pasar en este desdichado mundo? ¿Por qué no hablan ustedes claro de una condenada vez? ¿Por qué se nos recibe a golpes, se derriba nuestro aparato y se pretende ahora que tengamos no sé qué

culpas?

La vehemencia con que Rod soltó su pequeño discurso, más que las palabras mismas, turbó visiblemente a la mujer, pero reaccionó al instante.

—¿Quiere decir que ustedes no saben nada de Duke Brown *“El Vengador”*? ¿Que no vienen ustedes de la Nación de los Infrahombres? ¿Que no son unos renegados que nos abandonaron para seguir a Brown y colaborar en sus demenciales designios? ¿Quiere usted que me crea eso? ¿No comprende que ha elegido usted una estúpida defensa?

La mujer, excitada, estaba todavía más bella y Rod no pudo ocultar su admiración.

—Mire, usted es demasiado hermosa para que yo pueda enfadarme con tan gentil personaje, pero le aseguro que estoy a punto de volverme loco y no entiendo ni una palabra de lo que me dice. No sé qué conflicto tienen ustedes ni qué es lo que pasa aquí, pero no cabe duda de que nos confunden con otros.

—Sigue usted empleando argumentos estúpidos. Usted sabe muy bien que “no hay otros”.

—Renuncio a descifrar más jeroglíficos. Voy a ser sincero con usted. Antes me preguntaba cuáles eran mis planes, pues bien, son éstos: primero, presentarme a mis superiores; segundo, dormir veinte horas de un tirón sin que nadie me vigile; tercero, recibir órdenes, y cuarto, invitarla a usted a cenar en la primera ocasión que se me presente. Ahí termina mi mundo y ésos son todos los planes que se me ocurre hacer por ahora. ¿Está suficientemente claro para usted? ¿Qué actitud agresiva hay en ello? Si acaso el peligro que usted correrá de que la bese si se decide a salir a cenar conmigo en algún club nocturno de Nueva York.

La sorpresa de la mujer fue captada al instante por nuestro amigo.

—¡Ah, se me olvidaba que Nueva York ya no existe! ¿Podría aclararme usted esto? ¿Qué ha sucedido? Hace apenas cuatro o cinco años era la ciudad más importante de la Tierra. ¿Cómo ha desaparecido tan radicalmente? ¡Al menos debíamos haber encontrado las ruinas!

Aquellas palabras tuvieron la virtud de soliviantar de nuevo a la

mujer.

—¡Cómo cree que voy a aceptar la sinceridad de sus palabras! ¡No sé si es usted un cínico o un loco!

—¡Pero ya volvemos a la carga! Le aseguro que estoy completamente cuerdo, pero no me extrañaría que acabara en un manicomio si este juego se prolonga durante mucho tiempo.

La mujer estaba completamente sofocada, y en su rostro se reflejaban las dudas y vacilaciones que inundaban su alma. Por un instante tomó la jeringuilla y pareció que iba a cumplir su cometido, luego desistió y la dejó sobre el banco de mármol. Sus profundos ojos se clavaron en los de Rod y éste le aguantó la mirada seriamente. Al fin, ella pareció tornar una decisión.

—¡Lleváoslo! —ordenó a los dos guardianes—. ¡Esto es superior a mis fuerzas! Tendré que consultar al Consejo antes de decidir nada.

—¡Eh, oiga! —protestó Rod—. ¿Es que vamos a continuar en la misma situación? ¿No cree que ya está bien con todo este galimatías?

La mujer pareció no oír aquellas palabras e hizo una seña con la cabeza a los dos guardianes, los cuales se inclinaron sobre Rod y lo levantaron en vilo.

—Llevadlo a su habitación y no lo perdáis de vista ni un instante. Ya veremos lo que decide el Consejo.

A pesar de la situación, Rod no podía evitar el sentirse atraído por aquella mujer.

—Está bien— —dijo—. Procuraré tomarlo con filosofía, pero si cambia usted de humor no olvide que la invitación a la cena queda en pie. ¡Todo no han de ser amarguras en esta vida!

Los hercúleos guardianes tiraron de él y se lo llevaron de nuevo a la habitación, donde lo depositaron en la cama.

CAPÍTULO SEXTO

Cuando Rod volvió a encontrarse con la bella desconocida fue unas horas más tarde y la decoración había cambiado considerablemente. Ahora ya no se trataba del pequeño y reluciente laboratorio, sino de un amplio salón, decorado con severidad, pero no exento de buen gusto. En el centro del misma había una gran mesa como las que suelen utilizarse en las reuniones de los Gobiernos o de las Consejos de Administración de las grandes compañías.

A una parte de la mesa y sentados en cómodos sillones había tres hombres, en uno de los cuales reconoció al individuo que tan brutalmente lo había tratado. Los otros dos eran bien distintos entre sí. El que ocupaba la presidencia era un hombre entrado en años, con e1 pelo blanco y la mirada inteligente. El que se sentaba a la izquierda del anciano rondaría los cincuenta años y tenía el aire severo y marcial de un soldado. La mujer de los ojos verdes ocupaba un sitio al extremo de la mesa.

Una docena de hombres armados con fusiles ametralladores de tipo convencional montaban la guardia y completaban la escena.

Rod fue empujado por sus guardianes hasta una silla situada frente a los tres hombres y aguantó impávido el detenido examen que la hicieron con la mirada.

Pasaron unos segundos de absoluto silencio y luego oyó abrirse una puerta y pasos que se aproximaban a donde él estaba.

Una voz sonó a sus espaldas.

—¡Rod! ¡Ya era hora de que viese un rostro de cristiano!

Quien así hablaba era Bendy en persona, el cual se desasió de su escolta y se abalanzó a estrechar entre sus brazos a su amigo, pues

esta vez ambos se encontraban desprovistos de ataduras. Un segundo más tarde se abrazaban emocionadamente los dos hombres.

Los individuos de la guardia intentaron impedirlo, pero un gesto de la mano del anciano que presidía aquella especie de tribunal les hizo desistir. ¡No sabes cómo me alegro de verte, muchacho! —exclamó Rod—. ¡Por lo visto tienes la cabeza tan dura como la mía!

—Algunas contusiones y la pérdida del conocimiento durante una hora, eso ha sido todo.

—¿Sabes algo del doctor Dowers?

—Esta. vivo. Le vi por casualidad al atravesar una de esas extrañas calles. Ambos íbamos custodiados. Me pareció ver que llevaba un brazo en cabestrillo; por lo demás .no tenía mal aspecto. Del que no sé nada es de Turan. ¿Sabes si escapó con vida?

—Si se lo preguntas a nuestros aprehensores podrán contestar adecuadamente. Lo menos seis de ellos deben estar en el hospital a consecuencia de la "vitalidad" de ese demonio de armenio.

—¡Me quitas un peso de encima! En el tiempo que estamos aquí no he dejado de pensar en vosotros. ¿Y esto qué es? ¿Una recepción en nuestro honor? ¿Por fin van a darnos la medalla y unos días de permiso? ¡Cuánto siento no estar muy presentable para la prensa!

Las últimas palabras del valeroso Bendy hicieron sonreír a Rod. Era maravilloso encontrarlo siempre con aquel humor, signo inequívoco de su espíritu indomable y valiente.

—Aún no he sido informado por estos amables señores, pero no me sorprendería que nos concedieran un permiso definitivo para… el otro mundo.

—¡Siempre tienes que aguarme la fiesta! Espero que, al menos, por esta vez, te equivoques.

En aquel instante hacían su entrada en el salón Turan y el doctor Dowers. La escena volvió a repetirse.

—Basta ya —dijo el anciano—. Siéntense ustedes.

Su voz era pausada y convincente y nuestros amigos obedecieron la orden.

—No tenemos tiempo que perder —prosiguió el anciano—. Son ustedes nuestros prisioneros y esperamos que presten la máxima

colaboración a nuestro interrogatorio. Si no lo hacen así nos veremos obligados a proceder con mayor violencia. Contesten a nuestras preguntas y les aseguramos que serán juzgados benévolamente, y más benévolamente cuanto más valiosos sean los informes que puedan darnos sobre las intenciones de Duke Brown, ese desdichado que se llama a sí mismo *“El Vengador”*.

—¿Puedo hablar en nombre de mis compañeros? —dijo Rod.

—Hágalo.

—Nosotros nada tenemos que ver con ese tal Duke Brown y desconocemos por completo lo que sucede aquí.

El hombre que había abofeteado a Rod inclinó el cuerpo sobre la mesa y pareció fulminarlo con una mirada, luego se volvió hacia el anciano.

—¿Ve usted, señor presidente? Mis informes y los de Ivonne coinciden. Son unos bandidos, cuya propia actitud los delata. Creo que debíamos ir con menos contemplaciones y obligarles por los medios que sea a que nos digan lo que nos interesa.

—He dicho la verdad —apuntó serenamente Rod—. Cualquiera de mis compañeros puede confirmarla.

—¡Sois una jauría de perros! —bramó el hombre.

El anciano se volvió hacia él y le impuso silencio con un gesto.

Rod iba a replicar, pero se le adelantó el doctor Dowers.

—¡No puedo tolerar un trato semejante! ¡Exijo que se identifiquen ustedes! Por mi parte haré mi presentación reglamentaria: me llamo Orson B. Dowers, coronel médico del Ejército de los Estados Unidos, adscrito a la expedición del *“Blue Byrd”*.

Los tres hombres se miraron no sin cierta sorpresa.

—¿Dice usted tener el grado de coronel? —preguntó el hombre de aspecto marcial.

—Así es. La convención de Ginebra me autoriza a no decir más si no es mi deseo, suponiendo que me encuentre prisionero de un ejército regular. Si quiere que sigamos dialogando tendrá usted que identificarse, pues nada nos garantiza que no estemos en manos de fuerzas irregulares o de unos simples bandidos.

El hombre a quien iban, dirigidas estas palabras, pareció meditar

durante unos segundos, luego clavó sus ojos en los del doctor Dowers y dejó caer lentamente:

—Yo soy el jefe supremo del Ejército de los Estados Unidos.

Esta vez les tocó a nuestros compañeros asombrarse.

—¡Que usted es…! —exclamó Dowers— ¿Y el general Stoke? ¿Y los demás? Usted me perdonará que ponga en duda su afirmación, pero hace unos pocos años conocía a un centenar de generales que hubiesen ocupado ese puesto antes que usted. ¿Es que han muerto todos?

Hay además otra razón —intervino—: en los Estados Unidos, el jefe supremo de las Fuerzas Armadas es el propio presidente.

Esta vez tomó la palabra el anciano que presidía aquella especie de tribunal.

—No sé qué, pretenden ustedes manteniendo una actitud tan extraña, pero estoy dispuesto a seguir su juego hasta el final. La doctora Ivonne Wesley, aquí presente, me ha informado de la actitud que han mantenido todos en los interrogatorios previos. Resulta tan sorprendente, por lo absurda, que han despertado nuestra curiosidad y ello ha motivado que se reúna este Consejo para escucharles. Pero les advierto que ello no quiere decir que estemos dispuestos a perder demasiado tiempo, sobre todo si insisten en hablar de una manera que no tiene nada que ver con la realidad. Lo que ha dicho Carson es la verdad; él es el jefe supremo de nuestro pequeño ejército. En cuanto al presidente de los Estados Unidos, les está dirigiendo la palabra en estos momentos.

La última afirmación llevó al colmo la sorpresa de nuestros amigos.

—¿Y quiere decir usted que esto es la Casa Blanca? —preguntó Turan— Cuando nosotros partimos se aproximaban las elecciones presidenciales y puedo asegurar que usted no contaba entre los candidatos.

Desde el extremo de la mesa intervino la bella desconocida, a quien el anciano había llamado Ivonne Wesley.

—Como puede observar, profesor Drinker, estos hombres mantienen una actitud irreductible. El por qué representan esta comedia es algo que escapa a mi imaginación.

—Hiciste muy bien en advertirme, Ivonne. Tras sus palabras se esconde algo que debemos desentrañar, porque quizá va en ello la vida de nuestra comunidad.

Rod hizo un gesto de impaciencia.

—¡Por las llagas de Cristo, profesor! ¿Pero qué clase de monstruoso equívoco hay aquí? Nosotros somos los tripulantes del *"Blue Byrd"*. Todo el mundo conoce esta primera expedición interplanetaria, pues durante meses y meses se estuvo haciendo propaganda por todos los medios sobre ella. ¿Es que me va a decir usted que desconoce esto? Todos tienen edad suficiente para haberse hartado de oír por la radio y la televisión en qué consistía el proyecto. No habrá ninguna colección de periódicos de los últimos años que no lleven profusamente nuestra fotografía. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Por qué ponemos en peligro la seguridad de ustedes? ¿Por qué no se nos permite tomar contacto con nuestros superiores para rendir cuentas de nuestro viaje? ¿Puede responderme a esas preguntas, profesor?

Los tres hombres que formaban el Consejo se miraban con cierto asombro y cuchichearon entre sí algunas palabras.

—Antes tendrán ustedes que contestar a algunas preguntas nuestras —replicó el profesor Drinker—. Por ejemplo: ¿cuánto tiempo hace que emprendieron esa supuesta expedición?

—No tenemos idea exacta —contestó Rod—, porque hubimos de enfrentarnos con algunas dificultades debido a una avería en nuestros motores atómicos y no es fácil tener idea del transcurso del tiempo cuando se viaja por los espacios interplanetarios, más allá de nuestro sistema solar, pero ninguno de nosotros ha envejecido demasiado. Suponemos que habrán transcurrido unos cuatro o cinco años como máximo.

—Creo que el hecho es lo bastante reciente como para que no se nos haya olvidado todavía —intervino el coronel Dowers—. ¡No es posible que no haya nadie que nos recuerde!

—Quizá ha habido una guerra en nuestra ausencia, pero a pesar de todo… El profesor Drinker detuvo con un gesto de la mano la intervención de Rod.

—¿Y esta arma? —dijo al tiempo que le mostraba a nuestro amigo la extraña pistola que arrebatara al hombre que encontraron

en la orilla del lago— ¿Quiere decir que formaba parte de la dotación de ustedes?

Rod explicó con, todo detalle el incidente y la manera en que el arma habla llegado a su poder.

—¿Dice usted que se trataba de un hombre de unos cuarenta años, de rostro inteligente y una mirada como de iluminado? —preguntó el tercer hombre del. Consejo.

—Así es.

—No cabe duda de que .se trata de él —intervino Ivonne.

—¿Y ustedes no tienen idea de su identidad?

—No.

—¿Quieren hacerme creer que no saben que se trata de ese pobre loco de Duke Brown, el hombre que ha jurado nuestro exterminio? ¿Quieren hacernos creer que no son ustedes unos agentes suyos; unos condenados renegados de los que se fueron con él y que amenazan nuestras vidas y nuestra naciente civilización? ¿Quieren hacernos creer todo eso, sarta de embusteros?

El coronel Dowers se había puesto repentinamente pálido. Ivonne, a quien no se le escapó el detalle, le dirigió una pregunta:

—¿Acaso le duele el brazo roto, doctor?—

—No, no es eso.

—¿Tienes constancia de que este hombre sea médico, Ivonne? —preguntó el profesor Drinker.

—De ello no hay duda. Hemos hablado de medicina y no sólo puedo asegurar que es médico, sino que sus conocimientos están muy avanzados, sobre todo en una rama de la medicina que nosotros no practicamos y que él llama medicina del espacio.

—¿Ha dicho usted “naciente civilización”? —preguntó Dowers con voz trémula.

—Sí, eso he dicho —contestó el arisco personaje.

—No cabe duda de que se—ha producido la guerra atómica que tanto temíamos —murmuró Bendy.

—¡Dios mío! ¿Qué habrá sido de mi mujer y mis hijos?

El tono de angustia que matizó las palabras del coronel era tan sincero que los tres miembros de aquel misterioso Consejo lo

miraron concierto respeto. Luego, se .miraron entre sí como si no supieran qué actitud tomar. Ivonne se levantó de su asiento y acercándose a los tres hombres cuchicheó con ellos durante unos segundos.

—Me parece una buena idea —dijo en voz alta el llamado profesor Drinker—. En el archivo de la Antigua Civilización, que tan penosamente hemos ido recogiendo, debe estar.

Ivonne salió del salón y tardó una media hora en volver. Cuando la hizo traía en sus manos un montón de revistas, y periódicos amarillentos, algunos de ellos metidos en carpetas transparentes para evitar que se rompieran.

—¿Ha encontrado algo, Ivonne? —preguntó Carson.

La joven venía tan emocionada que no podía ocultarlo ni en el rostro ni en el timbre de su voz.

—Sí. Hay muchas fotografías.

Depositó el montón sobre la mesa y los tres hombres comenzaron a ojearlo según las indicaciones que les hacía Ivonne.

A ninguno de nuestros amigos se les escapó el gesto de sorpresa creciente que inundaba los rostros de los hombres del Consejo conforme iban pasando las páginas de aquellos periódicos. De vez en cuando se detenían en su tarea y observaban detenidamente a los cuatro prisioneros, como si no quisieran dar crédito a lo que estaban viendo. Finalmente dieron por terminada su tarea y el profesor Drinker tomó la palabra:

—Hemos necesitado esta evidencia para poder creerlo, lo cual no quiere decir que lo comprendamos. Usted es Rod Barney, ¿verdad?

—Así es —repuso Rod.

—Y usted, Turan Gromik —continuó el anciano, señalando con el dedo al armenio.

—Ciertamente.

—Y éste que hay aquí —intervino Carson, señalando una de las fotografías que tenía ante sí— es el doctor Dowers, coronel médico del Ejército de los Estados Unidos.

—Y este otro, Bendy Wrigth, segundo piloto —dijo el tercer miembro del Consejo, desviando luego su mirada hacia el más joven

de los expedicionarios.

—¡Ya era hora de que escuchara algo razonable! —exclamó Bendy.

—Es fantástico! —musitó el profesor— ¿Tú qué opinas, Ivonne?

—No puedo opinar; es superior a mis fuerzas. No comprendo ni una sola palabra.

—Sin embargo, esto es una prueba irrefutable —afirmó el profesor—. Hasta nuestro jefe de policía, Hagger, que desconfía de su propia sombra tendrá que admitirlo.

El hombre que tan brutalmente había tratado a Rod asintió con la cabeza.

—Lo reconozco. No hay duda de que se trata de ellos.

Rod cruzó una mirada de satisfacción con sus compañeros.

—Supongo que están ustedes viendo algunas fotografías nuestras que confirman la verdad de cuanto hemos dicho. Ello nos alegra sobremanera, pero no comprendemos por qué les causa a ustedes tanto asombro. Ya les dijimos que los periódicos de la época habían de traer centenares de fotografías nuestras.

—Que son ustedes no cabe la menor duda —dijo el profesor con pausada voz—. Lo asombroso, lo inaudito, lo que nos cuesta comprender a pesar de la evidencia es… ¡que estos periódicos fueron publicados hace doscientos veinte años!

CAPÍTULO SÉPTIMO

Decir que nuestros amigos se asombraron ante aquella inesperada afirmación sería pálido reflejo de la realidad. Estaban confusos, absortos, como si de pronto hubiesen dado el más fenomenal salto en el vacío; como si a su alrededor se hubiese hecho una oscuridad completa y no tuvieran ni la más mínima referencia para guiarse.

Las palabras del profesor Drinker habían sido proferidas con absoluta seriedad, y el mismo asombro que presentaban los rostros de los tres hombres que componían el Consejo era prueba evidente de que no se trataba de ningún ardid, o una comedia preparada de antemano. Si algún sentimiento flotaba en el aire de aquel lugar era el de una profunda y general confusión.

—¡Pero…!

Rod no pudo continuar la frase. En verdad no sabía qué decir. Muchas cosas extraordinarias había oído y visto en los últimos tiempos, pero ninguna como aquella fantástica afirmación que acababa de hacer el profesar.

—Te aseguro, Rod, que empiezo a creer que estoy perdiendo el juicio —murmuró Bendy, el cual, por una vez, había perdido su aire jovial.

—Reconocerán ustedes que eso no puede ser —dijo Rod, dirigiéndose a los miembros del Consejo—. Eso haría suponer ¡que tenemos más de doscientos cincuenta años de existencia!

—Resulta incomprensible, pero es evidente —respondió el profesor—. Y todo coincide. Hablan ustedes de cosas que sucedieron hace muchísimo tiempo. Nueva York no existe hace más de doscientos años; quizá fue mi bisabuelo uno de los últimos hombres

que emitiera su voto para elegir un presidente de los Estados Unidos. ¡Ni siquiera existen los Estados Unidos como tales! A esto seguimos llamándolo así para conservar una tradición y por asirnos de alguna manera al pasado, pero hoy día no es más que un nombre, una esperanza para el futuro.

La voz del profesor casi estaba quebrada por la emoción y no cabía la menor duda de que lo que decía era la pura y simple verdad.

Sin embargo, ¡era todo tan increíble! Nuestros amigos no encontraban la manera de adaptarse a la situación. El único que parecía aceptar las cosas con más serenidad era el doctor Dowers, aunque su rostro estaba invadido por una palidez mortal.

Rod abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Las palabras, en realidad, no iban a servir para aclarar nada. El lenguaje sirve para expresar conceptos más o menos concretos, pero no para hacer lógico lo que es totalmente ilógico.

Algo semejante sucedía con los demás y un pesado silencio se abatió sobre el recinto.

Por fin sucedió algo que vino a romper aquel punto muerto: una luz roja comenzó a oscilar en la pared del fondo.

Aquello tuvo la virtud de infundir un inusitado movimiento a los personajes.

—¡Es la luz de alarma! —exclamó Carson.

—Continuaremos esta conversación en otro momento —concluyó el profesor—. Tú, Ivonne, hazte cargo de estos hombres a los que ya no podemos considerar como nuestros prisioneros, sino como nuestros amigos. El teniente Robinson y dos de sus hombres os acompañarán.

Dichas estas palabras, el profesor y los otros dos consejeros, acompañados por el resto de la guardia, desaparecieron por una de las puertas de acceso al salón.

—¿Qué significa esta alarma? —preguntó Rod.

—Probablemente una incursión de los hombres de *“El Vengador”* —repuso Ivonne con aire preocupado—. Vengan conmigo.

Salieron del salón y discurrieron apresuradamente por el dédalo de calles y callejuelas. Un extraordinario movimiento se veía por

todas partes. Hombres, mujeres y niños se afanaban en todas direcciones y en sus rostros se veía dibujada la preocupación cuando no el terror.

En un minuto ganaron la entrada de un pequeño edificio y pronto estuvieron acomodados en una habitación de regulares dimensiones, adornada con pocos elementos, pero con cierta gracia femenina.

—Esta es mi casa —dijo Ivonne—. Permaneceremos aquí hasta que haya pasado la alarma. Luego, veré de proporcionarles un alojamiento.

A la febril actividad de unos momentos antes, siguió un silencio casi absoluto, roto de vez en cuando por las pisadas de las patrullas que pasaban por la calle.

—¿Puedo asomarme a la ventana? —preguntó Rod.

Ivonne vaciló un segundo, pero acabó por acceder.

—Hágalo. A ustedes los hombres se les aviva la curiosidad en cuanto hay peligro.

Rod echó una mirada al. exterior. Las calles estaban desiertas, y puertas y ventanas herméticamente cerradas. De vez en cuando pasaba una patrulla de soldados armados con fusiles y pistolas, o algún grupo móvil a bordo de los pequeños cochecitos que ya había visto Rod en otra ocasión. A lo lejos sonaron algunos disparos.

—Se ve que ha comenzado la fiesta —masculló Turan.

—¿No podríamos hacer algo en vez de permanecer aquí encerrados como unos colegiales? —preguntó Rod.

Ivonne le miró a los ojos, y su rostro se dulcificó con una breve sonrisa.

—Hace usted honor a lo que dicen los periódicos: *“El audaz e infatigable Rod Barney”*, proclaman los titulares. ¿Es que no tiene usted bastante con lo que han pasado?

Bendy, que ya había recobrado su habitual espíritu, intervino.

—Es que esto de ser protegidos no nos va, ¿sabe? Todo el mundo sabe que las cosas de antes eran mejor que las de ahora, conque imagínese qué clase de tipos debemos ser nosotros, cuya *“antigüedad”* se remonta a un par de siglos. En verdad…

Rod no le dejó terminar la frase.

—¡Eh, mirad! Se ve que la alarma no es ninguna broma.

Un pequeño grupo de soldados avanzaba por la calle, llevando entre sus brazos a un compañero herido.

—Ese hombre está destrozado materialmente —comentó Bendy.

En efecto, el desdichado iba cubierto de sangre y tenía el cuello y el cuerpo desgarrados como si hubiese sido víctima de las garras de un fiero león.

Ivonne hizo un gesto de repugnancia, más que por contemplar las heridas, por pensar en quien las había producido.

—No cabe duda de que se trata de ellos. Últimamente han intensificado sus incursiones. Tengo la impresión de que se acerca el momento de la lucha decisiva.

—¿Cómo han podido hacerle esas heridas? —preguntó Rod—. Da la impresión de que se las han hecho con unos garfios o algo así.

—Se trata de una de las razas del Pueblo de los Infrahombres, a los que se encarga especialmente de espiarnos debido a sus características particulares. Siempre que pueden burlar nuestras guardias se producen escenas como ésta. Y ello me recuerda que debo ir al hospital, donde tal vez se me necesite.

—Creo que es una temeridad —intervino el doctor Dowers—. Si me lo permite iré yo. Dígame dónde es o haga que me acompañe uno de sus hombres.

—Se lo agradezco, doctor, pero debo ser yo quien vaya. Cuando usted esté repuesto de su rotura también nos ayudará, sobre todo para preparar una nueva generación de médicos.

Ivonne hizo una seña con aire decidido al teniente Robinson y sus hombres, y éstos la escoltaron hacia la calle.

Rod los vio marchar con una cierta pesadumbre en su interior. Apenas conocía a aquella .mujer y, sin embargo, se sentía hechizado por ella. No sólo era su hermosura lo que le atraía, era también su aire serio y reflexivo, un cierto matiz de temor que se vislumbraba en sus ojos, la firme serenidad con que pretendía ocultar sus temores, que debían estar plenamente justificados por lo poco que nuestro héroe había visto.

De muy buena gana se hubiese prestado a acompañarla, en un desesperado afán de protegerla de cualquier peligro, pero no había

encontrado una justificación plausible.

Acompañada por sus tres guardianes caminaba hacia el extremo de la calle con paso apresurado, y Rod apartó con dificultad los ojos de su gentil silueta.

Al hacerlo y mirar al otro lado tuvo una sensación extraña. La calle estaba desierta y, a pesar de ello, presintió más que vio que algo se movía. ¿Sería sólo cuestión de nervios?

Escrutó atentamente y ya iba a desviar la mirada cuando se percató de algo que le paralizó la sangre en las venas: ¡del lado contrario al que seguía Ivonne, pero marchando en la misma dirección que ésta, avanzaban dos criaturas horrendas, más propias del sueño de un. fumador de opio que de la realidad!

La distribución de sus miembros era semejante a las de cualquier ser humano, pero cada uno de ellos difería de una manera radical. Los brazos eran largos y flexibles, terminados en cinco dedos en forma de afiladas garras, al igual que sucedía con los dedos de los pies. El cuerpo era estrecho y sinuoso, y la cabeza, de cráneo y hocico puntiagudos, más bien parecía la de un fabuloso lagarto. Pero quizá lo más impresionante eran los ojos, redondos y fulgurantes como los de una alimaña. Su piel era rugosa y tenía la extraña facultad de tomar el color del medio ambiente, motivo por el cual era difícil percibirlos a la primera ojeada.

Un sólo segundo duró la. indecisión que le produjo el asombro. Con voz potente dio la alarma al grupo de Ivonne.

—¡Eh, cuidado! ¡A sus espaldas!

Con asombrosa rapidez de reflejos, los tres hombres que acompañaban a Ivonne la empujaron hacia una de las paredes de la calle y se volvieron al centro de la calzada con las armas dispuestas. Con ojos avizores intentaron localizar el peligro que les advertían, pero la dificultad en ver a los espantosos monstruos les fue fatal. Uno de ellos los apuntó con una pistola como la que Rod arrebatara a *“El Vengador”* y el haz luminoso cogió de lleno a los dos soldados de la escolta, carbonizándolos en una fracción de segundo.

El teniente Robinson había quedado en pie, zafándose milagrosamente de la voraz guadaña luminosa. Sin levantar el arma más allá de la altura de la cadera apretó el gatillo y una ráfaga de su fusil ametrallador vino a incrustarse en la blanda carne del

monstruo que abatiera a sus compañeros, el, cual cayó al suelo con un sordo rugido de fiera herida.

Pero los segundos de Robinson estaban contados. Intentó apuntar su arma contra el otro hombre—bestia, mas éste le ganó por la mano y el aniquilador haz luminoso de su pistola incidió de pleno en el pecho de Robinson.

Un nauseabundo olor de carne quemada invadió toda la calle mientras a lo lejos se oía de nuevo tabletear los fusiles ametralladores.

La escena, con todo su horror, apenas si duró el breve espacio de unos segundos. E1 que quedaba en pie vaciló un instante y, finalmente, comenzó a andar hacia donde Ivonne continuaba de pie, paralizada por el terror.

Rod procedió instintivamente. Apoyando sus manos sobre el alféizar de la ventana saltó limpiamente a la calle, viniendo a caer a un metro escaso del monstruo, cortándole el camino.

—¡Bicho asqueroso! —le escupió al rostro.

El monstruo intentó apuntar a Rod con su mortífera arma, pero nuestro amigo dio un poderoso salto y su pie hizo impacto en la afilada garra, haciendo saltar la pistola por los aires.

Sin vacilar un segundo, los dos seres se lanzaron uno contra otro estrechándose en un abrazo de muerte.

El contacto con aquel cuerpo producía una profunda repugnancia en nuestro amigo. Era blando y viscoso y su elasticidad parecía ilimitada.

Rod le aplicó una serie de rápidas llaves de judo, pero la horrible criatura se zafaba de ellas, como una anguila a la que se intentara aprisionar con las manos cuando se encuentra en el agua.

A1 mismo tiempo que Rod atacaba violentamente tenía que mantener una actitud vigilante en extremo, pues las garras del monstruo buscaban desesperadamente hacer presa en su carne.

Por dos veces golpeó con el pie el vientre de su adversario sin que éste pareciese sufrir demasiado con el castigo.

La mano derecha del monstruo se levantó en el aire para caer sobre la cabeza de Rod, pero éste consiguió detenerla en el camino, momento que aprovechó su antagonista para hundir las garras de su

mano izquierda en el hombro de nuestro amigo.

Un grito incontenible se escapó de sus labios al sentir cómo las afiladas uñas laceraban su carne.

Sin embargo, a pesar del dolor, mantuvo su defensa. Sabía que si aflojaba la presa sobre la mano derecha del monstruo caería sobre su cabeza destrozándosela. Y el dolor del hombro era, por segundos, más insufrible.

Ya estaba a punto de ceder, cuando oyó una voz que le hizo sacar fuerzas de flaqueza.

—¡Por todos los diablos del Averno, aguanta, Rod!

Era Turan, que se precipitaba a la lucha en socorro de su amigo.

El par de segundos que tardó en llegar le parecieron un siglo a nuestro amigo.

Turan no se anduvo con rodeos: sujetó por las muñecas al hombre—bestia y lo lanzó con violencia contra la pared.

Rod cayó al suelo y el doctor Dowers lo arrastró con el brazo que aún tenía sano hacia el interior del pequeño patio que daba acceso al domicilio de Ivonne.

Mientras Turan batallaba contra el monstruo, Bendy se acercó en rápida carrera al lugar donde estaba Ivonne.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. ¿Y Rod?

Pero Bendy ya no podía responderla. Había recogido del suelo al fusil ametrallador de Robinson que aún parecía estar en buen estado y volaba literalmente hacia el lugar de la pelea.

—¡Pónmelo en facha, Turan! —gritó a su amigo.

El armenio forcejeaba con su adversario, el cual había conseguido clavar una de sus garras inferiores en el muslo izquierdo del gigante.

Turan hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió levantar en el aire a la repugnante criatura, lanzándola contra una de las paredes de la calle.

El hombre—bestia intentó levantarse para lanzarse de nuevo a la lucha, pero Bendy se lo impidió. Un ladrido de muerte salió de su fusil ametrallador y una veintena de balas fueron a incrustarse en el

viscoso cuerpo de su enemigo.

El monstruo se desplomó y quedó inmóvil en el suelo, mientras de sus heridas brotaba un líquido lechoso con tonalidades verdes.

—Esta bestia ya tiene lo suyo —murmuró entre dientes Bendy.

Por el extremo de la calle aparecieron varios soldados que se dirigieron a toda velocidad al lugar de la lucha. Ivonne, que se había aproximado y atendía a los heridos, les explicó brevemente.

—Estos hombres me han salvado la vida. Hay dos heridos que debemos trasladar rápidamente al hospital, capitán.

Un poco después llegaron dos pequeños coches y en ellos fueron trasladados Rod y Turan, a los que acompañaban Ivonne y Dowers.

—¿Qué le parece, capitán? —sonrió Bendy—. La protagonista, en vez de caer en mis brazos como héroe oficial que soy de la jornada, se va con ese débil muchachito de Rod y yo tengo que conformarme con verle a usted esos bigotes, que no diré que estén mal, pero que a mí…

El capitán lanzó una carcajada que se repartió en mil ecos.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Hacía tiempo que no encontraba a nadie con tan buen humor! ¡Déjame estrechar la mano de un valiente!

Los dos hombres se dieron un apretón de manos y Bendy pareció algo aliviado del abandono en que lo habían dejado.

CAPÍTULO OCTAVO

Una semana más tarde, nuestros dos amigos habían curado casi por entero de sus heridas y muchas cosas se habían aclarado.

Aquella tarde suponía un verdadero acontecimiento para ellos por varios motivos. Paseaban bajo un dorado sol otoñal y el mundo parecía. estar en una maravillosa calma.

Al principio habían formado un grupo junto con Ivonne y el profesor Drinker, pero Rod se las había arreglado para distanciarse un tanto en compañía de su adorable enfermera y le parecía encontrarse exactamente en el Paraíso.

Ivonne aclaraba en aquellos momentos algunas cosas a nuestro amigo, al igual que lo hacía Drinker con los demás.

—…Y éste es el resumen de todo. Un año después de que vosotros salierais en la expedición del *"Blue Byrd"* estalló la guerra. atómica que tanto se temía. Los países se destruyeron en un abrir y cerrar de ojos, estando la Humanidad a punto de desaparecer por completo.

—¿Y vosotros?

—Nuestros antepasados querrás decir.

A Rod se le hacía difícil aceptar aquello, pero no veía otra salida.

—Bien, voy a admitirlo: vuestros antepasados.

—En la Tierra no quedaron más que dos grupos… digamos privilegiados. Uno el nuestro, que se trataba de un par de centenares de miembros del Gobierno y altos funcionarios con sus familias, que se salvó de la matanza merced al refugio antiatómico que tú ya conoces y del que acabamos de salir para contemplar de nuevo el sol por unas horas. Ahí fueron creciendo y

multiplicándose, merced a las reservas que para quinientos años se habían almacenado, hasta convertirnos en la comunidad que hoy somos y cuyo número no rebasa los diez mil seres. Pocos somos, pero representamos la única esperanza de que la Tierra vuelva a verse poblada y él mundo se parezca a lo que fue en otro tiempo. A esta nueva era la hemos llamado Era Atómica y estamos en el año doscientos veinticinco de la misma. Resulta sorprendente para ti, ¿verdad? Para mí también lo es.

—No acabo de comprender cómo mis compañeros y yo hayamos podido vivir tantos años sin envejecer y mucho menos que tengamos noción de que sólo han pasado cuatro o cinco.

—Sin embargo, éstos son los hechos. Cuando yo nací, ya hacía doscientos años que no existían los Estados Unidos. Mis primeros recuerdos van ligados a las paredes de acero del refugio antiatómico, hoy convertido en nuestra casa, nuestra ciudad y nuestra nación. En esos doscientos años hemos ido aprendiendo algo de medicina, de física, de geografía, de historia, en una palabra: algo de los grandes conocimientos que tenía la civilización desaparecida con la guerra atómica, pero es mucho lo que nos queda por aprender, pues hasta hace pocos años teníamos un único problema: sobrevivir. En nuestros archivos hay libros, revistas, periódicos, pero muchas cosas son incomprensibles para nosotros. Las armas que tú has visto eran las que dotaban el refugio hace doscientos veinticinco años. Los primeros pobladores enseñaron a sus sucesores a manejarlas, más bien como una diversión que otra cosa, pues nunca creímos que tendrían que volver a usarse. En cambio tenemos media docena de pequeños aviones que no sabemos utilizar, pues durante doscientos quince años la Tierra estuvo rodeada de radiactividad y no tuvimos ocasión de practicar según las instrucciones un tanto confusas que dejaron escritas sus antiguos pilotos. Parece que estos aparatos estaban dedicados a servir de enlace al gobierno refugiado aquí.

—Creo que os podremos ser útiles en ese asunto —afirmó Rod.

—Eso piensa el Consejo.

—Me has hablado de la existencia de otro grupo.

—Es cierto. Se trata de una tribu de indios amazónicos que milagrosamente pudo salvarse de la muerte atómica, aunque me

pregunto si no hubiese sido mejor para ellos y para nosotros que hubieran muerto.

—¿Por qué?

—Las cargas de radiactividad que soportaron no fueron mortales, pero produjeron en ellos unas mutaciones genéticas de tal naturaleza que han dado lugar a un pueblo de monstruos, con algunos de los cuales tú y tus compañeros tuvisteis que luchar.

—¡Ahora lo comprendo! ¿Y son ellos los que os amenazan?

—Sí. Duke Brown nació en nuestra comunidad. Era un hombre encantador. Un día hizo una expedición exploratoria y tropezó con este pueblo de monstruos que se había .ido aproximando a nuestro territorio en busca de mejores medios de vida. La visión espantosa de aquello le trastornó los sentidos y dio en la locura de creerse elegido para vengar a aquella desdichada raza, a la que la Antigua Civilización había reducido a tan miserable estado. Nosotros, como descendientes de los hombres que desataron la guerra atómica, debemos pagar sus pecados, según el criterio de Duke Brown, que se llama a sí mismo *"El Vengador"*.

—Sin embargo, parecen estar más adelantados que vosotros.

—Así es. Una de las especies de ese pueblo está constituida por monstruos de gran cerebro y raquítico cuerpo. Ellos son los que han ideado esas armas mortíferas y los que preparan nuestro aniquilamiento.

—¡Pero no será sin que luchemos con todas nuestras fuerzas!

—El Consejo Patriarcal que regía nuestros destinos ha tomado las medidas que ha podido. Se ha creado un pequeño Ejército, el cual está equipado con las armas que tú ya conoces. También disponemos de algunos cañones antiaéreos, con los cuales os derribamos a vosotros.

Durante unos segundos permanecieron en silencio y Rod envolvió en una tierna mirada a Ivonne.

—Tengo algo que decirte, pero ahora no es el momento, Ivonne. Quizás algún día te haga una pregunta.

Los ojos de la bella mujer relampaguearon un instante y se humedecieron, teniendo que hacer un gran esfuerzo para no soltar las lágrimas.

—Cuando tú quieras, Rod —dijo suavemente.

En aquel momento se aproximó el grupo del profesor Drinker en el que estaban los compañeros de Rod entre otros.

—¡Por fin parece qué se van aclarando las cosas! —dijo Bendy a manera de saludo— Todo lo que nos ha explicado el profesor es altamente interesante.

—Lo que sigo sin comprender es el asunto del tiempo —afirmó Rod.

—El doctor Dowers tiene algo que decir en ese sentido —respondió Turan—. Es la única explicación posible.

—Ya estoy ardiendo en deseos de conocerla.

—Es algo que llevo algunos días meditando. A veces cuesta aceptar algunas teorías, sin embargo hay que rendirse a la evidencia.

—¿Y qué teorías son ésas? —preguntó Ivonne interesada.

—Se trata de un aspecto de la teoría de la relatividad generalizada que más bien parecía, un virtuosismo científico que otra cosa, y en la que los hombres de nuestro tiempo apenas repararon, por resultar imposible su comprobación.

—Soy todo oídos —dijo Rod.

—Procuraré hacerme comprender. Según la física clásica, la velocidad de un móvil cualquiera no debe ser la misma en dos sistemas, uno en reposo y otro en movimiento. Sin embargo, la velocidad de la luz, trescientos mil kilómetros por segundo, es siempre la misma en cualquier sistema. ¿Cómo es esto posible? Los componentes de la velocidad son el espacio y él tiempo. Por consiguiente, el centímetro y el segundo que entran en la composición de la velocidad varían de un sistema que esté en reposo a. uno que esté en movimiento, de lo contrario, la velocidad de la luz no permanecería inmutable: En una palabra, a la velocidad de la luz los centímetros se hacen más pequeños y los segundos más grandes. De esta manera, para unos seres que viajen a una velocidad cercana a la de la luz, como nos ha sucedido a nosotros a causa de la avería que sufrimos, cada minuto ha tenido el valor de varios días en relación con otros seres —los terrestres, por ejemplo — cuya marcha por el espacio a lomos de este viejo planeta se hace

a velocidad muy inferior.

—¿Quiere usted decir que todos nuestros procesos orgánicos y fisiológicos se han adaptado a ese sistema de tiempo y por eso no hemos envejecido, teniendo la sensación de que sólo pasaban unos cuantos años? —preguntó Rod.

—Exactamente. Hemos vivido en un universo —producto de nuestra velocidad—donde el tiempo era distinto al tiempo qué estamos ahora viviendo. Así lo había previsto Einstein y así ha podido comprobarse en nosotros.

—Aunque no lo comprenda demasiado bien, prefiero quedarme con su explicación a vivir sumergido en un absurdo al que no le encontraba ni pies ni cabeza —suspiró Rod.

—¡Fíjate si somos viejos, Rod! —exclamó ufanamente Bendy— ¡Todos los seres que nos rodean son como inocentes criaturitas que apenas han salido del cascarón!

La salida de Bendy provocó la hilaridad. del grupo.

—A ver si tenemos un poco más de respeto con las personas mayores —amonestó el joven piloto.

—Después de enterarme del modo como lucharon ustedes el otro día, yo he aprendido a respetarlos —replicó Drinker—. Y ahora volvamos a nuestra ciudad—refugio, donde aún quiero mostrarles algo.

Los ascensores los llevaron a las entrañas de la tierra y no tardaron en encontrarse en una especie de hangar subterráneo donde se alineaban media docena de helicópteros.

—Esto os lo que quería que viesen. ¿Serían ustedes capaces de pilotar estos aparatos? —preguntó el profesor.

—Eso es tan sencillo como ir en bicicleta —respondió Rod—. Todo depende de que estén en buen estado los motores.

—¿Podrían.verlo ustedes?

—Nada más sencillo —intervino Turan—. Si me dejan un par de horas de tiempo podré dar un informe detallado.

—Si el resultado es favorable, les haré una proposición —dijo el profesor Drinker.

Antes del tiempo previsto Turan rendía el informe, asegurando que cuatro de los seis aparatos estaban en condiciones de volar. Los

otros dos había que desecharlos.

—La cuestión es la siguiente —expuso el profesor—. Nuestra poca capacidad de movimiento nos tiene a merced del Pueblo de los Infrahombres, los cuales preparan tranquilamente nuestro exterminio. Las pocas expediciones que hemos enviado para localizarlos han sido víctimas de seres como los que ustedes ya conocen y de otras especies peores. El encuentro de ustedes con Duke Brown nos hace sospechar que tienen el cuartel general por las inmediaciones de Lago Salado. Quisiéramos que ustedes tratasen de descubrirlos. Conociendo su situación es posible que intentáramos un ataque por sorpresa.

Los cuatro amigos se miraron por un instante.

—¿Qué deciden ustedes? —apremió el profesor.

—Por mí no hay inconveniente —contestó Rod.

Sus compañeros contestaron de igual manera.

—Usted no es preciso que vaya, doctor. Le necesitaremos aquí.

—Le ruego que me dejen marchar con mis compañeros —insistió Dowers—. ¡No podría soportar quedarme a solas con mis pensamientos!

El coronel había puesto tal acento dramático en su última frase que Drinker tuvo que acceder a su petición.

—Entonces, está decidido —intervino Carson—. Esta noche tendremos una reunión para concretar los detalles.

El grupo se disolvió y nuestros amigos se dirigieron hacia su alojamiento, que no caía muy lejos del de Ivonne. La mujer los despidió con una deliciosa sonrisa, que hizo a Rod más efecto que a nadie.

CAPÍTULO NOVENO

Los helicópteros volaban sobre la espesa capa de vegetación como una bandada de monstruosos insectos, muy acorde con todo cuanto les rodeaba.

La operación había sido decidida con los miembros del Consejo, y cada uno de nuestros amigos iba al mando de uno de los aparatos. Estos no tenían excesiva capacidad, pues cada uno de ellos alojaba al piloto y cinco hombres más, todos ellos elegidos entre los miembros del pequeño ejército que las circunstancias habían obligado a improvisar. Algunos de ellos formaban parte de la milicia desde que ésta se creara, diez años antes.

A Rod le gustaban aquellos hombres. Eran disciplinados y conscientes de la grave situación que atravesaban. Serían unos luchadores magníficos si llegaba el caso.

Las emisoras de los aparatos los ponían en estrecho contacto y todo comenzaba a desarrollarse de acuerdo con el plan previsto.

Rod abría marcha a la expedición, Bendy y Turan lo flanqueaban y Dowers cubría la retirada.

Los aparatos eran el último modelo fabricado antes de que el *“Blue Byrd”* emprendiera su largo viaje. Estaban dotados de un motor eléctrico muy potente y llevaban emplazada una ametralladora de grueso calibre cada uno. Ambas cosas llenaban de satisfacción a Rod; la primera parte les permitía avanzar sin el menor, ruido, y la segunda porque tenía la intuición de que aquella misión exploratoria podía convertirse en algo más.

El grupo de soldados que transportaba Rod estaba mandado por el capitán que tan buenas migas hiciera con Bendy el día de la lucha con los monstruos. Se llamaba Mike Donohue, y su aspecto era

jovial y simpático, con una cara franca e inteligente en la que lucía un fino bigote que apenas si ponía un toque de severidad a su rostro.

Durante el trayecto se cruzaron en el camino mil clases de extraños pájaros: unos, deslumbrantes y bellos como el sueño de un artista, y otros horribles y deformes. —Es la nueva fauna que puebla la Tierra —explicó Donohue a unas preguntas de Rod—. Son producto de las mutaciones genéticas de aquellas especies que consiguieron sobrevivir a la radiactividad. También esa selva que cubre casi todo el territorio está constituida por nuevas especies de plantas que no existían antes de la guerra atómica.

—El profesor Courtney hubiese disfrutado descubriendo y clasificando este mundo nuevo. Era el jefe científico de nuestra expedición y uno de los sabios más grandes que ha tenido la Tierra.

—Hombres así nos harían falta ahora. Nosotros estamos al principio de una nueva civilización y tendrán que pasar muchos años antes de que alcancemos el nivel de lo que nuestra comunidad llama Antigua Civilización, de la que ustedes son unos extraños fósiles.

Rod rió la broma de su nuevo amigo y luego conectó la radio con loas otros helicópteros, al objeto de cerciorarse de que todo iba bien.

—Todo en orden —respondió Bendy—. Lo único que me preocupa es el doctor. Lo veo muy taciturno. En varias ocasiones he conectado con él, pero apenas si he podido cambiar media docena de frases.

—Es natural, Bendy. Ten en cuenta que pensaba encontrar a su mujer y sus hijos, y resulta que han muerto hace doscien…; bueno, como si hubiesen muerto ayer, es lo mismo.

—No había caído en ello. Ahora comprendo su actitud.

—Corto, Bendy. Ten en cuenta que puede oírnos si conecta su emisora.

—Corto —repuso Bendy.

El vuelo continuó durante varias horas sin ningún incidente y, por fin, avistaron la superficie azul del Lago Salado, cuando ya el sol comenzaba a declinar en el horizonte.

—¡Atención a todos! —ordenó Rod por su emisora— Altura de vuelo, ciento cincuenta metros. Aterrizaremos en el espacio que hay debajo del cerro que tenemos al norte, donde parece que la vegetación deja algunos claros diseminados. Que cada uno procure buscar un sitio algo distanciado de los demás y luego nos reuniremos en el claro que queda al pie de la colina. ¿Entendido?

Las tres respuestas llegaron con el intervalo de breves segundos. Un momento después rompía la formación la escuadrilla y cada cual buscaba sitio apropiado donde aterrizar.

Rod lo encontró a no mucha distancia del lugar señalado para la reunión y fue el primero en llegar a éste.

—Usted, capitán, monte una guardia con sus hombres y roguemos a Dios que nuestros enemigos no se hayan percatado de nuestra presencia.

Donohue hizo lo que se le ordenaba y luego volvió junto a Rod.

—El sitio no es difícil de vigilar. Mis hombres nos avisarán a la menor señal de peligro.

—Gracias, Mike.

—Espero que salgan las cosas bien, Rod.

—No se me oculta la dificultad de la empresa, mas no tenemos otra alternativa que proceder como lo hacemos.

—¿Y cuáles son ahora sus planes?

—A unos dos kilómetros de aquí hay una altura que domina una extensa zona de este territorio. He tomado su situación antes de aterrizar. Nos llegaremos allí antes de que se ponga el sol totalmente y haremos una minuciosa observación de esta zona. Si no descubrimos vestigios de la presencia del Pueblo de los Infrahombres, como ustedes lo llaman, volveremos a los aparatos y avanzaremos cincuenta kilómetros, para volver a repetir la misma operación. Por desgracia no lo podemos hacer desde los helicópteros, porque nos exponemos a ser descubiertos. Aun así y todo, será un milagro si no están ya enterados de nuestra presencia.

—Me parece lo más razonable.

Uno de los hombres de Donohue lanzó un pequeño silbido de advertencia y un momento más tarde hacía su entrada en aquel sitio el grupo capitaneado por Turan.

—¿Sin novedad?

—Sin novedad, Rod. Hemos aterrizado a unos doscientos metros de aquí.

Con breves intervalos llegaron los grupos de Bendy y Dowers.

Rod les explicó el plan que había concebido y todos estuvieron de acuerdo con él.

—Tendremos que caminar rápido si queremos alcanzar esa altura antes de que anochezca —apuntó Dowers.

—¿Cómo va de su brazo? —preguntó Rod— ¿Cree que podrá seguirnos? Yo pienso que casi es preferible que se quede con un par de hombres al cuidado de los aparatos.

—Me encuentro bien, Rod. Yo voy con ustedes.

—Entonces no se hable más. ¡En marcha!

Precedidos por Rod, la pequeña columna se adentró en la espesura en busca del objetivo que se habían propuesto.

Caminaron a buen paso, y en menos de una hora consiguieron alcanzar la cima de la altura que tenía que servirles de observatorio, y que estaba rematada por una gran roca.

—Bendy, tú y Turan dad la vuelta a la roca y observad por aquel lado. El doctor y yo lo haremos por éste.

Rod echó mano de los prismáticos de que se había provisto y comenzó a escrutar minuciosamente el terreno que tenía ante sí. El sol mandaba sobre la tierra sus rayos oblicuamente, y la visibilidad era perfecta.

—No veo nada, doctor; ¿y usted?

Tampoco. Esta zona parece estar absolutamente deshabitada.

—No esté muy seguro —sonrió Rod—. Piense en los hombres—camaleones. Para ellos es cosa sencillísima quedar disimulados entre el follaje.

Durante un par de minutos continuaron la observación sin conseguir mejor resultado. Fue entonces cuando llegó Bendy.

—¡Rod! ¡Venid! —dijo con voz excitada— ¡Me parece que ya hemos encontrado lo que andamos buscando!

Apresuradamente dieron la vuelta a la roca y no tuvieron necesidad de los prismáticos para descubrir, en un extenso claro del

bosque situado a unos diez kilómetros, un poblado donde miles de seres se afanaban en su quehacer.

—¡Ahí lo tenemos, es cierto! —exclamó Rod.

—Hemos sido afortunados al dar tan pronto con nuestro objetivo —murmuró Turan.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Rod? —preguntó Dowers.

—Esa gente parece muy atareada. A la izquierda, semioculto por los árboles, parece que hay algo que requiere de una manera especial su atención. Me gustaría verlo de cerca.

Bendy, que miraba con los prismáticos, no pudo reprimir un comentario.

—Eso que señalas no se puede ver bien, pero lo que están viendo mis ojos es lo más infernal que imaginarse pueda. ¡Los hombres—camaleones con los que luchamos ganarían un concurso de belleza al lado de algunos ejemplares de los que pululan entre esa gente!

—No podemos entretenernos —atajó Rod—. Aunque es poca la distancia, hemos de avanzar con infinitas precauciones y me gustaría estar de vuelta antes de qué amaneciera. Así que, ¡vámonos!

—En marcha —ordenó Donohue a su gente—. Usted, teniente, y tres hombres irán en descubierta y nos advertirán de cualquier dificultad o peligro.

—De acuerdo, capitán —contestó con aire decidido un joven que no tendría más de veinte años.

La patrulla de exploración tomó un centenar de metros de ventaja y luego se puso en marcha el resto de la columna.

Antes de llegar a 1a mitad del camino ya había descendido la noche sobre el territorio y una clara y redonda luna llena iluminaba con su pálida luz el paisaje.

Con infinito cuidada fueron acercándose al Pueblo de los Infrahombres, temiendo a cada instante ver cortado su paso por la repugnante presencia de sus enemigos.

Llevarían caminados unos ocho kilómetros cuando oyeron ruido de lucha, a la altura de donde marchaba la patrulla de descubierta.

—Parece que hay jaleo —musitó Bendy al oído de Rod.

—¿Qué hacemos? —preguntó Donohue.

No podemos exponernos a caer en una emboscada. Mande a dos de sus hombres y que vuelvan a informamos.

Eh capitán designó a dos de los suyos, que partieron en silencio hacia el sitio de donde venía el rumor.

El resto de la columna quedó inmóvil, con el oído atento y los nervios en tensión.

—Ya no se oye nada —susurró Dowers—. Parece que la lucha ha terminado.

Aquel silencio ponía un interrogante sobre los expedicionarios: ¿de parte de qué banda se habría decidido la contienda?

Los dos hombres que mandara Donohue volvieron para despejar la incógnita.

—Pasó el peligro —informó uno de ellos.

La columna se puso de nuevo en marcha y no tardó en alcanzar el sitio donde había tenido lugar el encuentro. Lo primero que vieron fue a dos extraños seres de piel oscura y totalmente cubierta de vello, los cuales yacían en el suelo con la garganta atravesada por sendos cuchillos.

—¿Y el teniente? —preguntó Donohue.

—Está al pie de ese árbol —contestó uno de los hombres que formaba parte de la patrulla—. Cayeron primero sobre él. Cuando intervenimos ya era tarde.

Dowers se arrodilló al lado del teniente y le bastó una simple ojeada para comprobar que estaba muerto.

—Le han seccionado la yugular.

Un estremecimiento de rabia sacudió a la pequeña columna.

—Apenas si tenía veinte años —murmuró Donohue con amargo acento.

—En la guerra, como en la guerra — sentenció Rod—. Debemos continuar.

—¿No lo enterramos?—preguntó Bendy.

—Soy el primero en lamentarlo, pero no podemos perder tiempo. ¡En marcha!

La enérgica actitud de Rod puso en movimiento la columna y las

precauciones fueron extremadas al máximo.

La actitud inquebrantable de aquellos hombres era cumplir su objetivo, y lo intentarían hasta la última gota de sangre.

Después de varias horas de marcha consiguieron llegar a las inmediaciones del poblado y se dispusieron a una minuciosa observación, arrostrando los infinitos peligros que les acechaban.

CAPÍTULO DÉCIMO

Lo que pudieron ver aquellos hombres a la fría luz de la luna jamás se borraría de su mente.

En la gran explanada pululaba un enjambre de seres, cuya monstruosa variedad superaba en todo a la imaginación más exaltada.

Tipos de hercúleos miembros y diminuta cabeza; hombres, cuyas extremidades estaban horriblemente desproporcionadas con el cuerpo; enanos de retorcidos miembros y facciones casi borradas; extraños gigantes ciegos, cuya desmesurada altura contrastaba con la extremada delgadez del cuerpo; seres monstruosos con el cuerpo cubierto de escamas o con los brazos flexibles y viscosos como los tentáculos de un pulpo; horripilantes criaturas mezcla de hombre y de bestia; toda una fauna fantástica, producto de las terribles mutaciones genéticas, y a la que resultaba difícil calificar de seres humanos, cuadrándoles perfectamente la denominación de infrahombres.

Y en medio de aquel imperio del horror y la desdicha, unos cuantos hombres normales que impartían órdenes y consultaban de vez en cuando a unos extraños tipos de enorme cabeza y esquelético cuerpo, cuya voz aflautada resultaba grandemente ridícula.

—Los hombres normales son los que siguieran a Duke Brown —susurró Donohue al oído de Rod—. *“El Vengador”* está loco, pero esos hombres no tienen otra idea que la del poder; primero intentarán aniquilarnos a nosotros y luego sojuzgarán a ese pueblo de desgraciados.

—Preferiría mil veces la muerte que verme convertido en un ser así —murmuró Turan.

—¿Qué tal aspecto tendría el buey ese que querías comerte después de unas cuantas mutaciones genéticas? —le susurró Bendy al oído.

—¡Que el diablo te lleve, condenado, vas a conseguir que aborrezca la carne de buey para toda mi vida! —siseó el armenio.

—Consuélate, porque me da la impresión de que no va a ser muy larga la vida que nos queda por delante.

Turan cogió por el pescuezo a su compañero y le obligó a hundir 1a cara en la tierra.

—¡A ver si aprendes de una vez, carroña de vaca famélica!

—Es sorprendente lo miserable que es este poblado —comentó Dewers en voz baja—. A excepción de esos dos grandes edificios que hay a la derecha, lo demás son inmundas chozas.

—Parece que todo el esfuerzo de estos hombres ha estado dedicado a esos dos edificios y a algo que no puedo distinguir a la otra parte de la explanada y hacia donde se dirigen esas hileras interminables de hombres llevando piezas y utensilios de trabajo.

—¿Cree que debíamos echar una ojeada por aquel lado? —preguntó Donohue con un susurro.

—Me parece indispensable —contestó Rod—. Pongámonos en marcha y procuremos evitar hasta el ruido del roce de nuestros pies en el suelo.

—Nuestra suerte es que parecen estar muy confiados —comentó Turan.

De nuevo se pusieron en marcha, y una hora más tarde alcanzaban el lado opuesto de la explanada.

Desde un pequeño altozano Rod dirigió sus ojos hacia el sitio que había permanecido oculto hasta entonces y una exclamación de asombro salió de sus labios.

—¡Ahí tiene el producto del esfuerzo de esos seres, doctor! —dijo.

Desde su atalaya distinguieron en un claro del bosque, separado del poblado por una barrera de vegetación, dos inesperados objetos. Uno era un avión de audaz diseño y grandes proporciones, al cual parecían estar dándole los últimos toques. El otro estaba situado sobre una pequeña plataforma con ruedas, tenía forma de huso y

parecía ser de metal acerado.

—¡Eso es una bomba! —murmuró Bendy.

—No cabe duda de que el avión se ha construido para transportarla —aventuró Rod.

Dowers miraba atentamente y una idea se iba abriendo paso en su cerebro.

—¿Usted qué opina, doctor? —le preguntó Rod.

—Juraría que se trata de una bomba atómica de hidrógeno, de un tipo especialmente penetrante.

—¿En qué se funda usted?

—Como sabe, Rod, presté mis servicios durante varios años en la Comisión de Energía Atómica. He visto centenares de bombas atómicas y todas ellas tienen algunas características que son inconfundibles: su forma, el circuito eléctrico exterior, mil detalles que ahora sería inútil enumerar. ¿Distingue usted esas dos placas situadas una enfrente de la otra en la proa de la bomba?

Rod asintió con la cabeza.

Ésa es la espoleta de contacto. La simple presión de los dedos es suficiente para hacerla estallar. Según estén más o menos próximas esas dos placas, la bomba estalla por la presión del aire o en el suelo.

—¡Resulta asombroso que hayan conseguido hacer un ingenio de ese tipo!

—Se ve que durante los últimos años no han vivido para otra cosa, por eso el resto del poblado es tan miserable.

Rod quedó pensativo unos instantes.

—Tenemos que hacer algo para destruir ese ingenio infernal. Ahora está claro cuál es el procedimiento que piensan emplear para aniquilar a sus adversarios.

—Nuestros medios son insuficientes para conseguirlo. El blindaje de esa bomba aguantaría cuanto le hiciéramos. A no ser que…

Dowers no concluyó la frase.

—¿Decía, doctor?

—No, nada.

—Se me ocurre una idea. ¿Y si destruyéramos el avión? Desde aquí estoy viendo cómo le cargan los depósitos de combustible.

—Nos matarán antes de que lleguemos a acercarnos.

—Mi idea es mejor que eso. Iremos por nuestros helicópteros y volveremos para atacar ese avión con nuestras ametralladoras pesadas. Sería un verdadero milagro que no consiguiésemos hacer estallar los depósitos de combustible.

—Quizá ese plan dé resultado —apuntó Turan.

—Con ello conseguiríamos retrasar varios años el ataque, y mientras tanto ya veríamos lo que se hacía —afirmó Bendy.

—¿Qué opina usted, doctor?

—Puede intentarse, aunque con ello no habrá desaparecido totalmente el peligro.

—No podemos elegir otra cosa.

—Quizá sí… En fin, lo acepto. De una u otra manera acabaremos con esa amenaza.

—Regresamos, pues, a nuestra base.

Silenciosamente se pusieron en movimiento y volvieron a rodear el poblado para tomar la ruta que les habla llevado hasta allí.

Pero el peligro acechaba más cerca de lo que podían imaginar.

Al introducirse en una especie de túnel que formaban las copas de los árboles vieron su paso cerrado por tres hombres de deforme aspecto. Uno de ellos apretó el gatillo de la pistola que empuñaba y los cuatro hombres de Donohue que iban en vanguardia fueron segados por el mortífero haz luminoso.

Ya se disponían los otros a hacer uso de sus pistolas cuando una ráfaga del fusil ametrallador del capitán les arrancó la vida.

Durante unos segundos siguió un silencio absoluto, luego un griterío infernal se oyó a espaldas de nuestros hombres, proviniendo del maldito poblado de los infrahombres.

—¡Estamos descubiertos! —exclamó Turan.

No hay tiempo que perder —apremió Rod—. Nos dividiremos en cuatro grupos y partiremos por caminos distintos hacia donde están los helicópteros. Los que lleguen vivos volverán a cumplir la misión que nos hemos señalado. ¿De acuerdo?

Todos dieron su conformidad y, capitaneados por los cuatro amigos, emprendieron una veloz carrera mientras en el poblado se iniciaba la persecución.

Rod y los suyos corrían con todas sus fuerzas, en un desesperado esfuerzo por seguir manteniendo la ventaja de dos o tres kilómetros que llevaban a sus perseguidores.

Para nuestro héroe no era simple cuestión de salvar la vida, sino de poder conservarla hasta tener bajo el punto de mira de su ametralladora el avión que debía de llevar la muerte a la comunidad a la que pertenecía la mujer que amaba.

Durante aquella endiablada carrera no dejó de oír a sus espaldas ni un solo segundo el infernal griterío de sus perseguidores. A juzgar por el volumen de las voces, toda la nación de los infrahombres corría en pos de los fugitivos.

Por fin, desde una pequeña altura, pudo divisar su aparato a cosa de unos doscientos metros. El largo tiempo que había durado la carrera parecía haber transcurrido en un minuto. Era cuestión de un supremo esfuerzo y habría conseguido la primera parte de su objetivo.

—¡Ánimo…, muchachos! —alentó con voz entrecortada.

Los tres hombres que le seguían sacaron fuerzas de flaqueza y consiguieron alcanzar el helicóptero.

Una sorpresa les esperaba al pie del mismo. Los dos acompañantes del doctor Dowers se hablan sentado, jadeantes, al pie del aparato.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó Rod con un timbre de angustia en la voz.

—Nos ha dejado —respondió uno de los hombres.

—¿Qué queréis decir? ¿No lo habréis abandonado vosotros?

—¡Se lo juramos! ¡Fue él quien quiso marcharse de nuestro lado en cuanto apenas llevábamos recorridos un par de kilómetros! Nos ordenó que le dijéramos que cogiesen los helicópteros y se marcharan cuanto antes de este maldito territorio.

—¿No os dio ninguna explicación más?

—No. Sólo nos dijo: Abrazad a mis amigos en mi nombre.

Rod quedó un segundo indeciso.

—¡Pronto, al aparato! —ordenó.

Con gran, rapidez se cumplió la orden, y treinta segundos más tarde el helicóptero emprendía el vuelo con la potencia de sus motores al máximo y rumbo a la ciudad de los hombres malditos.

Casi al mismo tiempo despegaba el avión de Turan, y un minuto más tarde lo hacía el de Bendy.

La escuadrilla se reunió en el camino y Rod dio orden de atacar en cadena el objetivo.

El poblado estaba desierto cuando hicieron la pasada sobre él. Había amanecido y los lívidos tintes de la aurora ponían un matiz sombrío al paisaje.

Rod fue el primero en abrir fuego contra el avión posado en el suelo, pero ni él ni sus compañeros consiguieron el blanco apetecido.

Fue en la tercera pasada cuando la ametralladora de Bendy consiguió unos impactos certeros. Se produjo una explosión y una gran llamarada envolvió al potente aparato.

—¡Lo conseguí, Rod, lo conseguí! —gritó a través del micrófono el aviador.

—Está cubierto el objetivo —suspiró Rod.

La voz de Turan se dejó oír por el altavoz.

—Mira a la derecha, Rod.

Un hombre se dirigía a grandes zancadas hacia el avión incendiado, y sus puños coléricos amenazaban, a los helicópteros que habían realizado el ataque.

—¡Es *“El Vengador”*! ¿No reconocéis en él al hombre que nos encontramos a orillas del Lago Salado?

—Así es —replicó Turan.

—Déjame que le dé una pasada con mi ametralladora —pidió Bendy.

Rod vacilaba en conceder el permiso, cuando un nuevo y emocionante acontecimiento le hizo palidecer de espanto: perseguido por un centenar de hombres—monstruos, salió de la espesura el doctor Dowers. Con el brazo que aún tenía útil manejaba su fusil ametrallador y, de vez en cuando, rociaba a sus

perseguidores con una ráfaga.

—¡A ellos, muchachos! —tronó Rod por la emisora.

En una perfecta maniobra, los tres aviones se abatieron sobre los seres que perseguían al doctor y sus ametralladoras escupieron fuego y muerte sobre aquellas fieras.

Dowers siguió corriendo sin preocuparse ya de sus perseguidores, y fue a situarse junto a la terrorífica bomba atómica.

—¿Qué es lo que pretende, Dios mío? —se preguntó Rod al observar la actitud de Dowers.

Intentó acercarse, pero el doctor le hizo desesperadas señales para que se alejara de allí.

—¡Va a intentar hacer estallar esa maldita bomba! —gritó Turan por el altavoz.

Pero alguien más se había dado cuenta de ello. Era *“El Vengador”*, el cual echó a correr desesperadamente hacia nuestro hombre.

Dowers estaba haciendo un titánico esfuerzo, agotado como estaba, para subir a la plataforma donde reposaba el ingenio de guerra. Se volvió por un instante y vio avanzar contra él a aquel loco. Sin dudarlo ni un segundo volvió hacia su atacante el arma que llevaba en la mano y disparó una larga ráfaga.

“El Vengador” detuvo en seco su carrera, abrió los brazos en cruz y se desplomó en el suelo sin vida.

—¿Qué hacemos, Rod? —preguntó Turan— Si estalla esa bomba pereceremos todos.

Dowers había conseguido montarse sobre la plataforma y hacia desesperados gestos a sus amigos para que se marcharan apresuradamente de allí.

—Ya no lo haremos volver de su acuerdo —comunicó Rod—. Creo que es mejor que nos alejemos.

Dowers había puesto la rodilla en tierra y comenzó a lanzar ráfagas de ametralladora sobre sus perseguidores que, ya rehechos del ataque de los helicópteros, volvían a la carga.

—Quiere darnos tiempo para que nos marchemos —comunicó Bendy.

—Es cierto —asintió Rod—, pero antes lo libraremos de esas bestias. El doctor ha de morir como él quiere morir.

Iniciando la acción picó sobre aquella jauría semihumana y apretó el botón de su ametralladora. Sus compañeros le imitaron y pronto quedó el suelo sembrado de cadáveres.

Dirigieron una última mirada a su amigo y éste les hizo un ademán de despedida con el brazo que aún tenía sano.

—Vamos, muchachos. ¡A toda velocidad! —ordenó Rod haciendo un formidable esfuerzo para que no se quebrara su voz en un sollozo.

Los tres helicópteros describieron un gran arco en el cielo y abandonaron aquel lugar zumbando como fantásticos insectos de acero.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Durante minutos que parecieron siglos, los tres aparatos cruzaron raudos el espacio.

Todos los hombres que los ocupaban parecían contener el. aliento, en espera de ver aparecer en el horizonte la terrible llamarada de la explosión atómica, pero el tiempo pasaba sin que sucediera nada.

—¿Habrán conseguido detenerlo a última hora? —preguntó Bendy.

—No creo —repuso Rod—. Más bien creo que nos está dando tiempo para que nos alejemos lo más posible.

—Al parecer no había más hombres en el poblado que aquellos que dejamos nosotros sin vida sobre el terreno —dijo Bendy—. Yo también creo que es lo que dice Rod. El doctor nos está dando el máximo de tiempo posible para que nos alejemos.

Los altavoces volvieron asumirse en el silencio y en el interior de los helicópteros se podía oír el acelerado latir de los corazones, subrayado por el sordo mosconeo de los motores.

—Si esto dura mucho, voy a terminar volviéndome loco —comunicó Bendy.

—De todo cuanto hemos pasado, es lo peor —corroboró Turan.

Rod no contestó porque tenía un nudo en la garganta que no le dejaba casi articular palabra.

De pronto, una luz mil veces más potente que la del sol se esparció por el espacio, iluminando la tierra fantásticamente.

—¡Que nadie vuelva la cabeza! —ordenó Rod— ¡Corremos el grave riesgo de quedarnos ciegos! La descomunal llamarada

adquirió mil tonalidades irisadas sin ceder ni un ápice en la potencia de fulgor.

Bastantes minutos después llegó un trueno horroroso y largamente continuado que hizo vibrar hasta la carne de los ocupantes de los tres helicópteros.

—¡Sujetad bien los mandos! —advirtió Rod— La onda expansiva no tardará en llegar.

La predicción de nuestro amigo no tardó en cumplirse. Los tres aviones fueron zarandeados como si la mano de un cíclope los agitara, rompiéndose la formación y yendo cada uno de acá para allá como tres débiles barcas en medio de un temporal del embravecido océano.

Cada uno de los pilotos se afanaba por gobernar su aparato, pero sus esfuerzos eran inútiles, presos por la furia desatada de los elementos.

Un torrente de agua y gran cantidad de rayos y chispas eléctricas se desencadenó en un instante para dar una visión aún más dantesca a la escena.

Temo que vamos a estrellarnos —comunicó Turan.

—¡Un esfuerzo más .y habremos salido de este atolladero! —intentó animarlo Rod.

Pero aún pasaron varios minutos antes de que se aplacara la soliviantada naturaleza y nuestros hombres pudiesen dominar sus aparatos.

—Ya hemos pasado lo peor —habló Rod—. ¿Cómo os encontráis?

—Yo estoy bien —respondió Bendy—. Tengo que lamentar la rotura de algunos. de los instrumentos de mi aparato.

—¿Algo grave?

—No creo. El indicador de velocidad y el altímetro, pero puedo navegar de “visu”.

—No te separes de nosotros. ¿Y tú, Turan?

—Todo en orden, excepto un par de magulladuras a causa de los golpes.

—¡Podemos dar gracias a Dios por haber salido tan bien librados

de esto! Si seguimos a esta velocidad llegaremos a nuestro punto de partida antes de que anochezca.

Apenas si se cruzaron más palabras durante el resto del viaje. Cada uno iba sumido en sus pensamientos y todos convergían en el recuerdo del doctor, el cual había sacrificado su vida para que la Humanidad, representada por aquellos diez mil seres que esperaban angustiados en el refugio subterráneo, volviera a iniciar su camino ascendente hacia la civilización, en un nuevo intento de organizar un mundo más sensato del que hasta entonces habla existido.

Fue Turan, que volaba en vanguardia, el primero en romper el largo silencio.

—¡A la vista nuestra base!

Rod se inclinó sobre el suelo transparente del aparato y distinguió la zona desprovista de vegetación a la que quedaba reducido el mundo habitado.

—Hay gente fuera del refugio —comunicó Rod—. Se ve que están preocupados.

—Han debido ver el fulgor de la explosión —dijo Rod—. Ahora nos hacen señas de alegría.

Los helicópteros dieron un par de vueltas sobre las cabezas del núcleo de seres allí congregados y luego descendieron en vertical, para posarse suavemente a pocos metros da ellos.

Drinker y los demás miembros del Consejo avanzaban hacia ellos seguidos por un centenar más de personas. En sus ojos se veían las lágrimas y un destello de esperanza vagamente velado por un matiz de angustia.

Pero Rod no se daba cuenta de nada de todo aquello. Sus ojos estaban fijos en la hermosa silueta de una mujer cuya rubia cabellera flotaba al viento y que corría hacia él con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Rod! —exclamó la mujer con un sollozo.

El hombre estrechó entre sus brazos viriles el delicado cuerpo de Ivonne y un beso sincero y apasionado fue todo lo que pudieron decirse.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Al día siguiente la reducida comunidad estaba de fiesta. Por primera vez en muchos años el terror había desaparecido de todos los rostros, dando paso a una felicidad radiante que nadie podía ni quería ocultar.

Rod y sus compañeros habían acudido al gran salón del Consejo, donde acababan de hacer un informe detallado de su aventura.

Drinker tenía los ojos humedecidos por la emoción, y su voz sonaba trémula.

—…En este mundo que hoy nace, habrá siempre un recuerdo para los hombres que han conseguido librar del peligro de muerte a nuestra joven Humanidad. Y entre todos estos hombres, brillará con especial fulgor el del coronel médico del Ejército de los Estados Unidos Orson B. Dowers, que dio su vida no en una acción de guerra, sino en una acción de amor hacia sus semejantes, presentes y venideros.

Una cerrada salva de aplausos del público que llenaba el salón cerró el discurso del profesor.

La sesión se levantó en medio de la complacencia general y el público fue evacuando el salón.

Drinker se aproximó al grupo que formaban nuestros amigos junto con Ivonne y les estrechó una vez más las manos.

—Gracias una vez más —dijo.

—No hemos hecho más que cumplir con nuestro deber.

—Los hombres de corazón son modestos como ustedes, Rod —sonrió el anciano.

Bendy y Turan sonrieron al halago del profesor.

—Quiero informarles de una cosa. Nuestros servicios nos informan que la superficie de lo que fueron los Estados Unidos de América estará azotada por la radiactividad durante un par de años. Cuando pase ese tiempo, saldremos al exterior para no volver a habitar esta ciudad subterránea. Colonizaremos las tierras, levantaremos nuevos pueblos, crearemos otras formas de cultura y, en una palabra, intentaremos reconstruir un mundo que no tenga los terribles defectos del que ha muerto.

—Así sea —contestó Rod.

—Entonces volveremos, a necesitar a hombres del temple de ustedes. Será el más hermoso destino que pueda caber a hombre alguno.

De nuevo estrechó la mano de nuestros héroes y se alejó en compañía de los demás miembros del Consejo, no sin que antes hicieran éstos testimonio de su afecto a nuestros amigos.

No sé cómo haré para que me perdone usted el mal trato que le di —se disculpó Hagger.

—¡No tiene ninguna importancia! —rió Rod—. Mi padre también solía sacudirme de. vez en cuando y entonces las cosas marchaban mejor.

Nuestros amigos comenzaron a deambular lentamente por las aceradas calles. Rod e Ivonne iban enlazados afectuosamente por la cintura.

—Se me ocurre pensar —dijo Bendy— que tendré que buscarme novia para casarme. ¡Cualquiera aguanta en este agujero dos años sin una dulce mujer que se preocupe de uno!

—Te puedo presentar a una docena de muchachas —sonrió Ivonne— capaces de hacer perder el sentido al hombre más templado. Estoy segura de que todas querrán casarse contigo. Porque en ese aspecto, es en lo único que no ha cambiado nada: las muchachas siguen enamorándose de los hombres populares y apuestos.

—No sé, no sé, Ivonne —dijo con cómico aire de preocupación nuestro amigo—. ¿Crees que habrá alguna que quiera cargar con un viejo como yo? ¡Piensa que tengo doscientos cincuenta años!

—¡Que el diablo te lleve, pajarraco! —tronó Turan— Eso me

hace recordar una cosa. ¿Pero es que no hay bueyes en esta condenada ciudad?

La explosión de sus alegres carcajadas eran el mejor augurio para ese mundo del que habían hablado con el profesor Drinker y del que cada uno de aquellos seres había de ser un puntal principalísimo.

FIN

ÍNDICE